

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría de Investigación en Literatura

Mención en Escritura Creativa

El fantasma de mi padre

Jeanette Rossana Realpe Castillo

Tutor: Leonardo Pedro Valencia Assogna

Quito, 2025



Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Jeanette Rossana Realpe Castillo, autora del trabajo intitulado “El fantasma de mi padre”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Literatura, Mención en Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

25 de febrero de 2025

Firma: _____



Resumen

El fantasma de mi padre es una colección de ocho relatos fundamentados en las vivencias de la autora, que tienen como detonante a *la herida*; aquel malestar psíquico que, a lo largo de la historia de la literatura, ha sido uno de los pretextos más recurrentes para la creación de ficciones. En el caso particular de este proyecto, se ha tomado a la neurosis como el punto central alrededor del cual gravitan las ocho historias que integran este repertorio. Temáticas como las relaciones disfuncionales entre padre e hija, el duelo melancolizado, la limerencia o los pensamientos intrusivos, circulares y catastróficos, toman cuerpo a través de personajes atormentados por sus propias construcciones mentales, compelidos a tensar, por momentos, los límites entre la realidad material y la realidad psíquica de sus protagonistas. A través de la escritura creativa, se ha podido reflexionar acerca del potencial de transmutación que la literatura posee a la hora de trabajar sobre las vivencias traumáticas. Asimismo, ha permitido indagar sobre las implicaciones de la escritura autobiográfica en el tratamiento del *yo* y del *otro*, como umbral entre el universo de lo íntimo y su tránsito hacia lo público.

Palabras clave: escritura del yo, neurosis, herida, pensamiento circular, pensamiento catastrófico, pensamiento intrusivo

A mis padres.

Agradecimientos

A mi padre, Joffre Realpe, por su apoyo incondicional durante los momentos más difíciles de mi vida. A mi madre, Rosa Castillo, por ser mi lectora incansable y por alimentar mi vocación. Al Dr. Leonardo Valencia, por sus acertadas observaciones hacia mi trabajo, por creer en mí y en mi potencial. A Mr. Alan Yost, por haber visto en mí a la escritora que puedo llegar a ser y por abrirme las puertas a una vida más plena.

Tabla de contenidos

Introducción	13
Capítulo primero: Sobre la herida en <i>El fantasma de mi padre</i>	15
Capítulo segundo: La poética en <i>El fantasma de mi padre</i>	19
Capítulo tercero: Cuentos.....	31
El fantasma de mi padre	31
Cosas malas que parecen buenas.....	35
Niña berrinches	36
Bucle.....	39
Todos saben algo que yo no sé.....	48
Stalker.....	51
Fingir, palabra clave.....	56
Helena.....	59
Conclusiones	67
Obras citadas	69

Introducción

De acuerdo con la narración mítica sobre Filoctetes, mencionada por Homero y narrada por Sófocles, a manera de tragedia, el héroe griego fue abandonado por sus compañeros en la isla de Lemnos, luego de que su pie fuera mordido por una serpiente y la herida resultante, incapaz de sanar, despidiera un hedor insoportable. Tras la muerte de Aquiles y compelidos por obtener la victoria frente a Troya, Diomedes, Neoptólemo y Ulises deciden regresar a la isla para persuadir a Filoctetes de retornar a la batalla, ya que, según el oráculo, solo su destreza en el manejo del arco y la flecha sería la única capaz de garantizar la victoria de su bando frente a los troyanos (Sánchez Madrid 2014, 13-4).

Luca Brajnovic (1978, 81), en su artículo sobre literatura y neurosis, recuerda que la figura de este héroe mítico ha sido introducida por la crítica literaria como una metáfora sobre el hecho creativo y su relación con la enfermedad psíquica; en donde la llaga pestilente (la neurosis o la psicosis) es indisociable de la potencia creadora (el arco infalible). Esta relación, sin embargo, es cuestionada por el autor a lo largo de su disertación para afirmar, a manera de conclusión, que la herida de Filoctetes no es la causa de su destreza en el manejo del arco ni una condición *sine qua non* para la misma. Sin embargo, no puede desconocerse que la herida –y no su olor pútrido– podría convertirse en una potencia creadora capaz de detonar la concepción y ejecución de una obra artística, sin ser esta necesariamente la única manera o la de mayor legitimidad.

A partir de este análisis, propongo a *la herida* como el detonante de los ocho relatos que integran el proyecto literario denominado *El fantasma de mi padre*. Aquella herida de Filoctetes que, de acuerdo con la mitología griega, a su regreso a la guerra de Troya, será curada por Podalirio y permitirá a su héroe lanzar la flecha que asesinará a Paris. La escritura creativa opera entonces como la reparación de la llaga que posibilita al autor, a través de la consumación de sus habilidades, explorar el malestar que fuera en el principio un pretexto para la narración, con la finalidad de transmutarlo.

Hacer de la narración un lugar para la memoria ha sido una de las formas que la literatura ha encontrado para fijar las huellas del pasado, en especial aquellas que han marcado nuestra existencia como una cicatriz. Pero, ¿por qué interesa retornar a la cicatriz? ¿No sería mejor dejarla en reposo para que esta se repare desde el olvido? La escritura permite abordar la llaga para nombrarla y, con ello, retomar el control y ejercer agencia sobre sus efectos para contarlos a manera de un acto de reivindicación. De ahí la

importancia de trabajar sobre la herida, de narrarla a través de la palabra escrita, para descubrir aquello que somos capaces de decir sobre ella en el aquí y en el ahora, frente a lo que no pudimos –o no supimos– gritar cuando esta nos fue infligida.

Es desde este lugar de donde surge la motivación para abordar este proyecto, de la necesidad de reelaborar mis propias cicatrices como estrategia de resistencia frente al ejercicio de poder de las circunstancias, las personas y los hechos que las ocasionaron, de forma consciente o inconsciente; de aquellos que perpetraron, de manera intencional o no, las fracturas sobre las cuales construyo la historia de mi vida, de mi familia y de mi entorno.

El objetivo del proyecto literario *El fantasma de mi padre* es, por tanto, resignificar a la herida a través de la literatura, abordándola desde la reelaboración de la memoria para reconstruir una vivencia específica por mediación del acto creativo.

Para ello, he seleccionado a cuatro versiones de la herida como detonantes de la ficción: relaciones familiares disfuncionales, vínculos traumáticos, pensamiento catastrófico y duelo melancolizado. A partir de ellos, elaboré ocho relatos que dan cuenta de cada una de estas llagas en el contexto de vivencias personales y familiares, utilizando a la primera y segunda personas como narradoras que atestiguan su versión de la realidad; una versión que no es necesariamente veraz o aun fiable, pero en la que sus personajes se apropian de la experiencia de la autora para reconstruirla bajo sus propios términos.

Así, los seres que habitan estas historias navegan entre la incertidumbre de su presente y la certeza de la imposibilidad de alterar su destino. Voces que anidan en la mente de las narradoras y que gobiernan su sentir y su pensar; situaciones que se desbordan y sobre las que los protagonistas carecen de control; reminiscencias de traumas familiares que amenazan con repetirse por generaciones; amistades fallidas y amores truncados, sobrepasados por el trauma, la obsesión o la apatía, son algunos de los temas que integran esta colección de cuentos, en la que la neurosis aparece como aquel fantasma del universo psíquico que amenaza a quien lo padece con enajenarlo de manera inminente del universo material.

Qué mostrar y qué ocultar de la historia –propia y ajena– de cara a la elaboración de relatos se presenta como una interrogante ineludible a la hora de abordar un proyecto de raíz autobiográfica. El equilibrio entre el hecho y la invención parece ser la respuesta que nos permite sortear el dilema entre la sobreexposición de la vida propia y el develamiento del secreto familiar o íntimo. Que permanezca en el lector, pues, la incertidumbre entre lo real y lo creado, sin renunciar, en el intento, al pacto de ficción.

Capítulo primero

Sobre la herida en *El fantasma de mi padre*

La herida indagada en el proyecto literario *El fantasma de mi padre* proviene de varias aristas –cada una de ellas tratada en uno o varios relatos– que corresponden a un mismo cuerpo que las compone: la neurosis. Me refiero a esa conjunción de mecanismos psíquicos más o menos disfuncionales que los seres humanos desarrollamos con el fin de lidiar con la angustia generada por diversas circunstancias que irrumpen el curso rutinario de la existencia, tales como eventos inesperados, catastróficos e incluso traumáticos, y que producen escenarios desfavorables para la consecución de nuestros proyectos vitales. Estas estrategias para enfrentar la adversidad pueden ser más o menos funcionales, dependiendo de la madurez psicológica del individuo y su capacidad para sobrellevar situaciones imprevistas que ponen en juego su estabilidad emocional.

Freud (1991, 155) ya se había preocupado por sistematizar este fenómeno y tipificarlo como un espectro amplio de trastornos que se manifiestan en episodios crónicos o recurrentes de angustia o ansiedad, producidos por una crisis entre el *yo* y el *ello*, sin que el paciente llegue a perder contacto con la realidad. En general, todos los seres humanos hemos vivido diversos episodios de neurosis a lo largo de nuestra vida, y estos pueden manifestarse a distintos niveles y grados, dependiendo de la predisposición del individuo, ya sea por factores hereditarios, la influencia de su entorno o su historia de vida particular. No obstante, la neurosis crónica produce en quien la padece un sufrimiento psíquico adicional que rara vez es experimentado por quienes no se encuentran dentro del espectro.

Y es en este dolor agregado en el que me interesa indagar, en la herida provocada por la mente neurótica y cómo el individuo la padece, cómo lidia con ella o cómo, de manera inevitable en ocasiones, sucumbe a ella, se deja arrastrar por ella en espiral descendente, sin obstáculos o herramientas para oponerse.

En sus estudios sobre este fenómeno a partir del psicoanálisis, Freud (1991) sistematizó la realidad en dos grandes constructos: la realidad material, de naturaleza efectiva y objetiva, constituida por los fenómenos externos a nuestra psique y frente a la cual el ser humano tiene poco o ningún control; y la realidad psíquica, de naturaleza

subjetiva, construida por cada uno de nosotros y que tiene como objetivo interpretar el entorno material en el que nos movemos.

Una de las características fundamentales de la mente neurótica –en oposición a la psicótica– es que en ningún momento ocurre una ruptura entre la realidad material y la realidad psíquica de quien la padece. Y es en la colisión entre estos dos escenarios en donde se enmarca este proyecto de creación literaria. Así, *El fantasma de mi padre* explora los frágiles límites que separan estos dos constructos dentro de los cuales se enmarca la psique humana. Me interesa abordar los conflictos, las rupturas, las escisiones, las suturas y aun las subsunciones entre lo vivido y lo imaginado, y el dolor que los personajes protagonistas de estos relatos experimentan, y qué mecanismos ocupan para lidiar con las heridas que los aquejan.

Retomando a Brajnovic (1978), el psicoanálisis ha tomado al arte como objeto de estudio y ha asumido que el contenido de una obra artística es neurótico debido a que su autor se separa momentáneamente de su relación concreta con la realidad para la consecución de su obra. Por tanto, esta rama de la psicología sitúa a la neurosis como fuente de creación, debido a que el autor encuentra en este trastorno un camino para tratar la realidad incómoda, desagradable y oculta provocada por este mismo padecimiento. Esto no significa, por supuesto, que la neurosis sea una condición indispensable para la creación, pero aparece como un camino válido y fructífero a la hora de explorar aspectos velados de la conducta humana, más aún si es el mismo autor de la obra quien la padece.

En el caso de los relatos que componen el proyecto literario *El fantasma de mi padre*, he decidido partir de mis propias vivencias para dar cuerpo a cada una de las historias que integran esta colección. Para ello, he recurrido a algunas de las diversas aristas bajo las cuales se engloba el espectro de la neurosis; cada arista corresponde a una herida, cada herida corresponde a una vivencia, no siempre traumática, no siempre propia, pero sí relacionada con mi realidad y la de las personas cercanas a mi entorno.

A cada una de estas llagas, que devienen detonantes de la ficción, las he clasificado como sigue:

1. Relaciones familiares disfuncionales

Este tema constituye una fuente recurrente de comportamientos englobados dentro del amplio espectro de las neurosis. El conflicto con el padre y las relaciones asimétricas de poder entre miembros de la familia son abordados desde la ficción, a través de relatos

que confrontan a los personajes con sus conductas autodestructivas dentro del entorno doméstico.

2. Vínculos traumáticos

Las relaciones sexoafectivas fallidas o no consumadas tampoco están exentas de fenómenos que generan un elevado dolor psíquico a quienes las padecen. Las consecuencias del rechazo amoroso o el abandono de la pareja suelen manifestarse a través de episodios neuróticos particulares como la *limerencia*, una manifestación de la psique en donde se produce una sobreidealización de la relación fallida, acompañada de episodios de ensoñación despierta y fuga de la realidad, como respuesta evasiva al sufrimiento de la ruptura (Tennov 1999, 55).

3. Pensamiento catastrófico y sobrepensamiento u *overthinking*

Se trata de algunos síntomas recurrentes del trastorno generalizado de ansiedad, cuyos efectos podrían resultar incapacitantes en un alto grado. La dificultad para la toma de decisiones y de acción efectiva frente a los dilemas vitales afectan de forma cada vez más recurrente a los seres humanos, inmersos en un mundo en donde se valora a la persona por la consecución de sus metas y objetivos. El sentimiento de fracaso producido por la procrastinación (otro de los síntomas derivados del sobrepensar), obstaculizan y, en muchos casos, impiden la autorrealización del individuo, lo que genera episodios recurrentes de estrés, difíciles de sobrellevar si no se cuenta con un apoyo externo, ya sea a manera de una sólida red de soporte familiar, de amistad o profesional (terapia).

4. Duelo melancolizado

El malestar de la pérdida por duelo no solo se limita a la muerte de un ser querido. Se puede experimentar un duelo laboral, por separación de la pareja o por el abandono del país natal. Sin embargo, el relato propuesto en esta colección aborda el duelo no resuelto por la terminación de un vínculo de amistad.

El tono de esta colección de relatos, intimista e introspectivo, aborda los conflictos interiores de los personajes a través de historias mínimas y cotidianas. En algunas de estas historias interesa enfatizar en cómo la realidad psíquica de los personajes distorsiona la

realidad material (incluso, hasta sus límites); eso sí, eludiendo un quiebre total entre ambas. En otras, la narración de un episodio de vida da cuenta de la gestación del trauma y sus consecuencias.

Capítulo segundo

La poética en *El fantasma de mi padre*

La literatura, como todas las artes, ha constituido para los escritores una fuente de indagación de los propios mecanismos psíquicos que condicionan su ser y estar en el mundo. En este sentido, la literatura formula preguntas que interpelan no solo al autor, sino también al lector, a través de la puesta en escena de situaciones que detonan interrogantes específicas sobre la condición humana.

De este modo, este proyecto reflexiona desde la escritura creativa sobre mis propias inquietudes frente a los temas que me convocan, así como se trata de una oportunidad para pensar, desde mi experiencia, sobre mis propios mecanismos de neurosis utilizados para hacer frente a la realidad material en la que me desenvuelvo. De suerte que la escritura aparece como una fuente de alivio psíquico frente a la ansiedad, la incertidumbre y el estrés provocado por los eventos aleatorios de la vida diaria, y tiene la capacidad de analizar, desde una perspectiva particular, los enigmas que la terapia, por ejemplo, no alcanza a vislumbrar.

También, dada la temática abordada en los cuentos y relatos previstos, esta colección tiene la ambición de contribuir con evidenciar las palabras de Proust: “En realidad, cada lector es cuando lee el propio lector de sí mismo” (Proust, citado en Compagnon 1998, 171). Me interesa de forma enfática establecer una conversación asincrónica con el lector, posibilitar un diálogo que produzca una suerte de complicidad no enmarcada en el tiempo o el espacio, visibilizar mis más íntimas preocupaciones como si se las estuviera confesando a una amistad cercana. Aspiro a que la escritura de estos relatos pueda surtir este efecto en quienes los lean.

El fantasma de mi padre es un proyecto que está integrado por ocho historias, cada una de ellas aborda diversas heridas que son ficciones derivadas de situaciones de raíz autobiográfica. En un principio, los cuentos y relatos que se presentan en esta colección no fueron pensados para integrar un volumen, sino que se concibieron y desarrollaron por separado a partir del año 2020 hasta el presente, a consecuencia de los efectos provocados por la pandemia del covid-19 en mi vida personal y laboral.

La pérdida de un empleo estable bien remunerado y la terminación de una relación afectiva, sumadas al aislamiento provocado por el confinamiento, generaron en mí un

doble duelo en el que la escritura tomó un papel protagónico, al posibilitarme transitarlo de forma más llevadera a partir de la creación de historias que me invitaron a reflexionar tangencialmente, por la vía de la creación literaria, sobre los mecanismos psíquicos desencadenados para enfrentar la adversidad.

Los personajes de *El fantasma de mi padre* a menudo aparecen como voces narrativas que se cuestionan sobre su lugar en el mundo, su neurosis los lleva a pensarse como sujetos desprovistos de una agencia. Enfrentados a sus propias obsesiones confrontan sus miedos, imprecán o reflexionan sobre ellos, se encaran con lo que Freud denominaría como *lo ominoso*; aquello “que apunta a lo que es conocido o familiar pero que asusta” (Luján Martínez 2010, 219).

Fue necesario dotar a estas historias de un hilo conductor a posteriori –a partir de un trabajo inductivo– para determinar la línea conceptual desde la cual ha sido concebida la propuesta de escritura creativa presentada en este proyecto.

A continuación, desarrollaré una sinopsis de cada uno de los relatos, la motivación que me llevó a escribirlos, su contexto y una descripción del tratamiento narratológico empleado en cada una de ellos, con su respectiva justificación:

1. El fantasma de mi padre

Una hija asegura estar poseída por el fantasma de su padre, quien controla su vida desde adentro.

Se trata del relato que abre la colección y el que da nombre a la misma, y es una historia motivada por las complejas relaciones entre padre e hija, atravesadas por el ejercicio de poder vertical, discriminación por género, la falta de recursos económicos y el distanciamiento paulatino entre los dos protagonistas de la historia. Distanciamiento que, paradójicamente, la voz narrativa femenina interpreta como un acto de posesión, de toma de la voluntad y de dirección de la misma, contraria a los deseos del personaje que, es a su vez, quien cuenta la historia desde su perspectiva.

En este relato, la herida mencionada es, en realidad, la conjunción de dos: la huella del abandono paterno y las circunstancias externas que impiden al padre el ejercicio cabal de su rol en la familia. A través de la escritura de este relato, lo que se busca es, tomando como referencia a Bramovic (1978, 64) extraer el dolor psíquico del reino de lo subjetivo a lo objetivo; del pensamiento a la palabra y, de esta manera, retomar el poder sobre el tema, para lograr así, la transmutación de dicha llaga.

En su texto *Neurosis y psicosis*, Freud (1974a, 157) afirma que “la etiología común para el estallido de una psiconeurosis o una psicosis sigue siendo la frustración, el no cumplimiento de aquellos deseos de la infancia, eternamente indómitos, que tan profundas raíces tienen en nuestra organización comandada filogenéticamente”. De modo que esta insatisfacción aparece como el tema alrededor del cual gravita el relato, y da cuenta de la frustración de los anhelos tanto materiales como emocionales de la narradora, frente a cuya carencia hace responsable a su padre.

Así, el relato inicia en primera persona, bajo la voz de una narradora autodiegética que se dirige al lector para contarle que el fantasma de su padre la ha tomado. En otro momento del texto, la narración en primera persona pasa a segunda, con la voz narrativa dirigida al fantasma de su padre, quien no es una entidad, en el estricto sentido del término, sino una influencia, y es a esa influencia hacia la cual la narradora, en el primer cuento de mi libro, imprecra y le hace partícipe de sus traumas:

Que me gusta pegarme un tiro en los pies, padre. Eso me pasa, que me gusta escribir relatos que nunca publicaré para no avergonzarle, para no poner en evidencia a la familia. Para no ofender a la institución que me sostiene, que me da un techo y un plato de comida y ropa lavada y planchada todos los días al pie de mi cama, mientras que yo pago por el desayuno y la comida de mis gatos y un arriendo que bien me podría costear un cuarto en una pensión, pero sin almuerzos. (Realpe 2024, 30).

La voz narrativa cuenta asimismo algunos episodios puntuales de su infancia que aparecen como hitos de la posesión de la hija por parte del fantasma de su padre. Se trata de una historia sobre la apabullante influencia paterna ejercida sobre las hijas, autoridad que se impone sin mediar el ejercicio de la violencia física, pero que, sin necesitar de ella, despliega un dominio psíquico sobre su descendencia. Trata también de la impotencia de la hija a la hora de rebelarse contra el padre a través de las acciones, por lo que se emplea a la palabra como la única arma, ya no para defenderse, ya no para luchar, sino para acusar a esa entidad difusa que es el padre y que, en el relato, carece de una voz propia para responder, lo que lo convierte en un destinatario pasivo de los reclamos de su hija.

2. Cosas malas que parecen buenas

El ejercicio de poder vertical del padre hacia sus hijas se muestra a través de una anodina pelea doméstica relacionada con ropa interior que está secándose en un tendedero.

Este es el relato más corto de la colección y está escrito a manera de diálogo sin acotaciones. Se reproduce, de forma naturalista y sin la mediación de un narrador, una discusión doméstica entre tres personajes: el padre, la hija y, en menor medida, la madre. Estos pelean por un tema en apariencia banal (un par de calzonarios, que pertenecen a la hija, desaparecen del tendedero y no pueden ser encontrados). A través del intercambio de palabras, se devela que el motivo central de la pelea es tan solo un pretexto para abordar la verdadera causa de la ira de la protagonista: el deseo de dominio del padre sobre todos los aspectos de la vida de la hija, su invalidación, subestimación y la intromisión de este en su privacidad:

No toquen mi ropa interior. No se puede ni colgar un calzón porque enseguida desaparece. ¿Cómo que desaparece? Ayer colgué dos calzonarios y ahora que quiero guardar no asoman. ¿Cómo que no asoman? No asoman, pues. Por ahí deben estar. ¿Por ahí dónde? En el cajón de la Nena. Por eso mismo les pido que no cojan mi ropa interior, yo misma doblo. Pero entonces recoge. Yo sabré cuándo recoger, carajo (Realpe 2024, 32).

A través de este diálogo se esconde, asimismo, el conflicto entre el *yo* y el *ello*, que Freud (1974a, 156) menciona en sus estudios como el mecanismo general que desemboca en un clásico cuadro neurosis. La protagonista de la historia (el *yo* o la persona), lucha contra el síntoma (el *ello*, entendido como el impulso, el deseo ineludible de rebelarse contra el padre y el ejercicio de su autoridad). Compelida por el mandato social de respeto hacia la figura paterna (el superyó), reprime a medias sus deseos de emancipación y su conato de rebelión no alcanza nada más que a las palabras, sin llegar a resolver su conflicto interno y sus ansias de liberación.

El título de este relato parte de la lectura del libro denominado *La quinta disciplina* (Senge 2010), una obra de divulgación científica centrada en la teoría de sistemas aplicada al funcionamiento de organizaciones. En esta obra, el autor enumera las razones por las que no existe un sistema infalible; a uno de estos motivos se lo denomina *cosas malas que parecen buenas*. Y tiene que ver con el hecho de que, de manera regular, los seres humanos realizamos acciones y tomamos decisiones compelidos por la obtención de una finalidad moral positiva, pero que, en la práctica, perjudican al sistema mismo y a las personas a las que se pretende beneficiar. Para ilustrar este principio, Senge formula un ejemplo sencillo dentro del ámbito doméstico: la sobreprotección ejercida por los padres hacia sus hijos desde edades tempranas, y que se extiende incluso hasta la adultez bajo la figura de acciones específicas de ayuda o socorro recurrentes (pagar sus deudas, cuidar de sus niños, etc.), todo ello bajo la excusa de evitarles sufrimiento y hacer más sencilla

su existencia. Acciones que, a largo plazo, terminan por invalidar la agencia de sus hijos al volverlos dependientes de sus padres e incapaces de ejercer su autonomía. El autor no es ingenuo al afirmar que, en ocasiones, detrás de este supuesto *deber moral* de los padres, se esconde otra finalidad menos loable y que tiene que ver con un llano ejercicio de poder vertical sobre los hijos y su afán de control y sometimiento.

3. Niña berrinches

Una niña de tres años es culpada de ocasionar, debido a sus berrinches, la muy disfuncional costumbre familiar de evitar los viajes a toda costa.

La narradora testigo nos hace partícipes de una historia que le han contado, aderezada por relatos de sus propias vivencias que sirven como justificación de sus argumentos. La trama principal se centra en un recuerdo familiar, una anécdota contada algunas veces con distintas variaciones, pero cuyo núcleo es siempre el mismo: durante su primera infancia, la hermana mayor de la narradora arma un berrinche dentro de un bus interprovincial, lo que obliga a su madre y a su padre a interrumpir el viaje e instala en este último la idea de que viajar en familia es un evento engorroso, con lo que condena a su prole y esposa a un sedentario y monótono estilo de vida:

Iban hacia Riobamba, o eso es lo que dice mi madre. Ella es quien recuerda esas cosas. No entiendo a quién se le puede ocurrir ir de paseo a Riobamba, pero bueno. Supongo que irían a ver de cerca el Chimborazo o algo así. Y la niña se había puesto a llorar. Mi hermana era esa niña. Dos o tres años, tal vez. El lloro se transformó en berrinche, el berrinche en un ataque, el ataque en un episodio (Realpe 2024, 33).

Otro de los mecanismos de eclosión de la neurosis ocurre cuando “el sujeto se enfrenta a la necesidad de renunciar a determinada satisfacción y cambiar un modo de satisfacción por otro” (Freud 1937 citado en Napolitano 2013, 191). En *Niña berrinches*, es el padre neurótico quien renuncia sin miramientos al placer del viaje por la seguridad y el confort que acarrea el evitar la incertidumbre, y con ello traslada su trastorno al resto de la familia, propiciando en ella la frustración del anhelo no satisfecho del disfrute vacacional.

Una característica que aqueja a quienes padecen este trastorno es el pensamiento catastrófico y polarizado. En donde una experiencia negativa aleatoria es generalizada y se convierte en paradigmática, y en donde no existen escalas de grises alrededor de los juicios de valor sobre dicha experiencia. De todos los relatos que integran esta colección,

Niña berrinches es quizás el más ligero, sin apelar necesariamente al humor evidente, pero con algunas licencias de la narradora para reírse de la trayectoria disfuncional de su familia y, por extensión, de la suya propia.

4. Bucle

Un personaje recrea en su cabeza, una y otra vez, distintas versiones de una escena en la que sufre un rechazo amoroso, para intentar darle un giro en el que todo se resuelve a su favor, pero esto nunca ocurre, porque termina autosaboteándose incluso en sus propias fantasías.

Este relato está escrito en clave de prosa poética, dividido en seis partes, cada una correspondiente a una versión alternativa de la realidad, en la que la voz poética, quien al mismo tiempo opera como la protagonista de la historia, elabora, a través del pensamiento circular, una serie de complicadas fantasías en las que se repite una misma experiencia traumática, con el objetivo de lograr un alivio psíquico a través de su transmutación favorable. La protagonista cae en un bucle que la lleva a perderse en sus ensoñaciones, pero estas no son de naturaleza benigna, ya que en ninguna de las seis versiones de su fantasía logra consumir sus deseos no resueltos ni obtener el favor del hombre de quien está obsesionada:

Segunda versión

En mi delirio, el perro se ha ido
se ha muerto, quién sabe
se lo ha llevado su ex
como un acuerdo de separación, tal vez
(lo que tiene más sentido).
Ustedes sabrán perdonarme,
pero necesito que mis fantasías sean verosímiles
hasta para poder creérmelas (Realpe 2024, 37).

Bucle explora el pensamiento rumiante o circular; esto es, el acto de dar vueltas redundantes sobre una misma idea sin lograr una solución favorable al problema alrededor del cual gravita el razonamiento en cuestión. Asimismo, este relato explora el fenómeno neurótico conocido como *limerencia*, esto es, la necesidad obsesiva de ser correspondido de manera romántica por una contraparte que no es recíproca con los sentimientos de quien la pretende.

De acuerdo con Tennov (2013, 64), la limerencia presenta ciertos componentes básicos, como el pensamiento intrusivo sobre el objeto de deseo; el anhelo agudo de reciprocidad (no siempre satisfecho), la sobreinterpretación de las acciones de la

contraparte con respecto a la probabilidad de reciprocidad; pero, sobre todo, el alivio momentáneo del dolor de la no correspondencia de sentimientos a través de la ensoñación vívida.

Este estado mental aparece como una forma particular de la neurosis, en donde la persona que la padece elabora complicadas fantasías en la que su deseo por la persona amada se consume, y que sustituyen su realidad adversa con la finalidad de proveerle alguna suerte de alivio psíquico temporal. Se trata de un trastorno por demás incapacitante que puede impedir a quien lo padece el establecer relaciones sanas y vínculos realistas con personas disponibles en lo emocional. Quienes lo sufren se refugian en la ensoñación para evitar lidiar con la angustia y el dolor de un amor no correspondido.

5. *Stalker*

El personaje principal hace conjeturas descabelladas sobre la vida de otra persona a través de sus historias y publicaciones de redes sociales.

Para la elaboración de este relato tomé como referencia la narrativa de David Foster Wallace, en particular la novela *El rey pálido* (2011), que narra, a través de capítulos autoconclusivos y desde el punto de vista de diversos personajes, algunos pasajes de la vida de los trabajadores del Servicio de Rentas Internas del medio oeste de los Estados Unidos. Wallace, quien es considerado un representante del realismo histórico, invita a los personajes a desmandarse en opiniones y descripciones a través de una prosa desbordada, que analiza eventos o situaciones, en apariencia anodinos, con neurótica minuciosidad. James Wood (Wood 2004, 179) define las características del realismo histórico como sigue:

Las convenciones del realismo no están siendo abolidas, sino, por el contrario, agotadas, sobreexplotadas. En consecuencia, las objeciones no deben dirigirse al nivel de la verosimilitud, sino al nivel de la moralidad: este estilo de escritura no debe criticarse porque carezca de realidad —la acusación habitual—, sino porque parece eludir la realidad mientras toma prestado del propio realismo. No es un error, sino un encubrimiento (la traducción es mía).

Consideré que este estilo podría ser el adecuado para tratar el tema de la obsesión amorosa y de la limerencia, entendida esta como un estado neurótico que evade la realidad a través de la ideación romántica, llevada hasta sus últimas consecuencias. En el relato propuesto, una mujer revisa de forma compulsiva las redes sociales del hombre que la rechazó, de su interés amoroso y de su presunta novia, elabora teorías sobre la relación

entre esta supuesta tríada, y se tortura al preguntarse por qué ella permanece al margen de aquel curioso grupo, del que se siente marginada sin comprender con exactitud las razones de su exilio involuntario.

Sí, en una de sus historias –de noviembre o diciembre, tal vez– aparece él en plena ejecución de su pintura alla prima; y ella, sentada frente a él, retratada en la piel impoluta de sus 25 años y sus ojos melados que él ha interpretado con libertad como verdes. Ella, con su argolla en la nariz y su mono celeste de pintora y su doble trenza francesa que me llevó a preguntarme cómo una mujer puede hacerse sola tremendo peinado o si recibe ayuda de alguien y si es así me pregunto quién es ese alguien que se toma la molestia de peinarla todos los días por las mañanas (Realpe 2024, 49).

Otra de las características de la limerencia, de acuerdo con Tennov (2013, 65), es la capacidad que tiene el sujeto limerente de mirar con compasión al objeto de su afecto, ignorando o pasando por alto sus atributos negativos, para transmutarlos a manera de cualidades que se enmarquen dentro de la construcción imaginaria que tiene de este. Así, el relato termina con la protagonista ubicando al hombre que ama y por el que no es correspondida, en la misma categoría que ella ocupa; esto es, en la de un ser limerente cuyo amor por otra mujer tampoco es recíproco:

Y es ahí, en ese gesto incómodo de ver y aún más de ejecutar en el que encuentro un atisbo de compasión hacia él, o de lástima (sí, esa es la correcta selección de palabras). Es oficial: aquel hombre que algún día fue, aquel por el que me hice de izquierdas, aquel a quien he escrito una novela, dos poemarios y unos dos que tres cuentos, me da un poco de pena. Pero, vamos, que yo también me doy, a veces, otro poco de pena (Realpe 2024, 52).

6. Todos saben algo que yo no sé

Un personaje desarrolla la idea paranoica de que la gente a su alrededor guarda un secreto que solo ella desconoce y que es el motivo de su fracaso personal y financiero.

En un principio, este relato estaba pensado para una voz masculina que hablara en exclusiva de sus problemas financieros. Pero, a medida en que la narración avanzaba, me di cuenta de que las inquietudes de aquel personaje se desbordaron hacia otras carencias que eran, al mismo tiempo, mis propias carencias. Decidí entonces, como acto de coherencia hacia la dirección en la que me llevó el personaje, a cambiarlo de género y fue una narradora femenina quien al final, a manera de monólogo, se pregunta de forma obsesiva por qué para otras personas es, en apariencia, tan fácil seguir el guion de la vida, pero para ella no. El pensamiento catastrófico y el *overthinking* son dos de los síntomas psíquicos recurrentes un pensador neurótico, estado mental caracterizado por episodios

agudos o crónicos de ansiedad que paralizan a quien los padece e inhiben su capacidad para tomar acción, como uno de los antidotos más efectivos para reducir o incluso anular los síntomas de su padecimiento.

Hablo de esos seres que se sientan a comer conmigo, que han calentado en ese mismo microondas su arroz con pollo, que han comprado el jugo en funda en el restaurante de la esquina, que se lo beben de la funda misma, y que con esas mismas ganas y ese mismo desparpajo, regresan a su casa en la noche con su esposa, con sus hijos, en su carro, para vivir la misma historia de vida que millones, mientras que yo no tengo la más remota idea de cómo lo hacen (Realpe 2024, 46).

Freud (1974b, 220-222) desarrollará la categoría de lo ominoso (del alemán *unheimlich*) en oposición a *heimlich*, entendido como lo familiar, lo íntimo, lo doméstico, la satisfacción sosegada de lo conocido. Sin embargo, el autor expande este concepto al percatarse que, entre las acepciones de estas palabras en alemán, aparece una que establece un vínculo genérico entre los dos significados opuestos. De suerte que el autor tomará este concepto para ilustrar que lo ominoso “es todo lo que, estando destinado a permanecer en secreto, en lo oculto, ha salido a la luz” (Freud 1974b, 225). Ahora, es necesario aclarar que no todo lo nuevo es susceptible de convertirse en ominoso, es necesario que aparezca ese “algo” que lo vuelve terrorífico, ese factor que produce el extrañamiento temible que lo aleja de lo cómodo, conocido y familiar y lo sitúa en la categoría de lo siniestro. Una condición *sine qua non* para la ocurrencia de lo ominoso será, pues, para Freud, la incertidumbre intelectual: “Lo ominoso será siempre, en verdad, algo dentro de lo cual uno no se orienta, por así decir. Mientras mejor se oriente un hombre dentro de su medio, más difícilmente recibirá de las cosas o sucesos que hay en él la impresión de lo ominoso” (Freud 1974b, 2021).

Es así que en *Todos saben algo que yo no sé*, el personaje que es, al mismo tiempo, narradora y protagonista, toma conciencia de aquel extrañamiento que le produce su marginación del juego de la vida, lo que la lleva a pensarse en relación con el otro; se compara, se contrasta, se pregunta de manera insistente sobre la capital diferencia entre ella y los demás. Se sabe ajena al guion vital que, en apariencia, todos conocen, menos ella, y en es en ese extrañamiento en donde se enfrenta a lo ominoso: en el descubrir que su ajenidad es, en gran parte, causada por ella misma y sus circunstancias. *Die unheimlich* es, a un tiempo, esa información a la que dice no tener acceso y el hecho de que todos los demás la posean, menos ella. Y es en el acto de reconocer aquella marginación en donde la protagonista abrazará su autoenajenación.

7. Fingir, palabra clave

Un personaje reflexiona, a manera de diálogo consigo mismo, sobre las razones que le han conducido a llevar una vida insatisfactoria, por debajo de su potencial.

En este relato aparece una narradora en segunda persona que se desdobra. La voz narrativa habla para sí misma y una segunda voz, que se diferencia de la primera porque sus acotaciones se presentan entre paréntesis, complementa, discute o refuta las afirmaciones de la primera. En un principio, la narradora dominante parece no estar consciente de la narradora secundaria que irrumpe en su discurso, incapaz de escucharla o leerla.

Juro que no he causado esto (ella ha causado esto). Pero, la verdad es que no estoy segura (sí que lo está). El autosabotaje puede tomar muchas formas (como esta, por ejemplo). Necesito un trabajo (ya tiene un trabajo). Uno bien remunerado (uno que la obligue a salir de su casa). El que tengo no está mal, en términos de contactos (¿cuáles contactos? No joda). Es solo que he podido conocer a gente muy interesante que me podría ayudar cuando lo necesite (si les pidiera de favor, cosa que jamás hará) (Realpe 2024, 53).

Este relato explora asimismo los mecanismos neuróticos del pensamiento catastrófico y el sobrepensar, patologías relacionadas con la ansiedad y la depresión. Durante un episodio de pensamiento catastrófico, “los pacientes suelen pensar, imaginar y creer en los peores desenlaces a sus problemas o dudas, fantaseando muchas veces con escenarios trágicos de sucesos que casi nunca les suceden ni a ellos, ni a la mayoría de las personas” (Minici, Dahab y Ribadeneira 2015, 1). Pero, a diferencia de lo anteriormente descrito, en este relato ocurre un desdoblamiento del personaje, que se presume que es la voz del inconsciente de la protagonista, y que bifurca la realidad en dos puntos de vista a la par opuestos y complementarios. La voz narrativa dominante se hace preguntas que su inconsciente puede responder sin titubeos. El personaje conoce las causas de sus problemas y dilemas, es capaz de intelectualizarlos, mas no de resolverlos. Su inconsciente conoce el camino para su salvación, sin embargo, la parte consciente parece inhabilitada para escucharlo, excepto por un instante, para caer luego en la sordera de sus intuiciones, otra vez.

8. Helena

Dos niñas con problemas para socializar cometen la hazaña de volverse mejores amigas, para luego distanciarse durante su adolescencia.

Se trata del relato más largo de la colección y el que cuenta con una estructura más cercana a la convencional: existe una historia y esta se narra, con un par de saltos en el tiempo, a través de veinte años de amistad entre dos niñas que fueron amigas en el pasado y que se encontrarán en su edad adulta solo para darse cuenta de sus diferencias insalvables.

El relato se ejecuta en primera persona, la narradora protagonista nos habla sobre su amistad fallida con Helena y reflexiona, en retrospectiva, acerca de las razones que las llevaron a terminar con su amistad. La narradora asume su responsabilidad sobre el destino del vínculo fallido con Helena, e intenta intelectualizar las razones que llevaron a esta a tomar distancia de aquella.

Quando me excusé de participar en su negocio piramidal fue la última vez que escuché de Helena. No me volvió a llamar. Como yo no soy de las que llaman, nuestro conato de restablecimiento de amistad que nunca tuvo planes de serlo, para empezar, falleció ahí mismo donde había iniciado: en un fallido reclutamiento para un negocio de pastillas para optimizar combustible (Realpe 2024, 57).

Este cuento explora los vínculos entre mujeres y cómo estos se erosionan y aún se rompen tras la irrupción de la figura masculina. Habla también acerca del duelo, entendido como la aceptación de una pérdida irreparable, y el riesgo de caer en un estado de melancolía, “en la que el sujeto que padece la pérdida no logra superarla y entra en un estado de queja constante sobre el yo mismo”. (Fernández Rivas 2018, 98).

Se trata de un relato autobiográfico que me ha permitido transitar mi propio duelo de esta amistad, a más de veinte años de ocurrido el suceso.

Capítulo tercero

Cuentos

El fantasma de mi padre

Hay algo que debe saberse: estoy poseída por el fantasma de mi padre. Puedo sentirlo aquí adentro, entre los intersticios de mis sesos. Es ahí donde se encuentra y es en aquel lugar en donde sobrevive, a medias, alimentado por mis jugos cerebrales.

Tiene el rostro de los padres que se imponen a sus hijos con un levantar de cejas y no permiten que una sola palabra salga de sus bocas para minimizar su autoridad. No necesita decir nada; una mirada es suficiente, aunque sus ojos no estén aquí para verme.

No recuerdo con certeza en qué momento el fantasma de mi padre se instaló en mí. Supongo que ocurrió en la infancia –como a todos–, y quizás fue en el preciso momento en el que lo perdí.

Y lo perdí cuando ése a quien más ama vino al mundo. O tal vez fue antes, sí. Tal vez me urge establecer una cronología, para dotar de sentido al hecho de que el fantasma de mi padre me posee. O tal vez, no; quién sabe. A esta hora del día ya no confío en mi criterio.

Quizás fue entonces o quizás antes y nunca me di cuenta. Me refiero a que no lo vi venir. Quizás, un día, padre no me permitió habitar más su lado de la cama para calentarle el puesto, y quizás fue antes de echarle la culpa a otro de mi desgracia.

Es probable que fuera después, durante las malas noches en las que mi hermano, el recién llegado, precisaba alimento, cambio de pañal o una visita a emergencias. Yo era solo una niña, deben entenderme, y sospecho que en la madrugada estaba dormida, mientras padre y madre hacían el mismo trabajo que alguna vez hicieron para mí. Pero ya no más. Ese trabajo se ha ido. Lo he perdido para siempre. Y a mi padre con él.

Un momento. ¿Fui yo quien decidió que en mí habita el fantasma de mi padre o quién ha decidido por mí? No podría decirse, entonces, que lo he perdido. No si vive en mis oídos, en mi neocórtex y en las circunvoluciones de *mi* cerebro. Vive en las nervaduras de mi plexo solar, esas que conectan con la arteria mayor por la que su presencia se distribuye hasta mis manos. Esas que lo escriben, justo ahora, mientras vacilo.

Aquel a quien llamo mi hermano ha crecido. Todas las cosas que mi padre no hizo conmigo las hará con él: con mi hermano cruzará ese campo polvoriento en búsqueda de la destreza del ciclismo. Con mi hermano irá de pesca a La Carolina y a El Ejido, y atraparán pececillos inmundos que serán colocados en una igualmente inmunda pecera que jamás será lavada, y los ahogará entre su propia inmundicia y entre algas que envejecen la misma agua en la que se reproducen. Con mi hermano depositarán a los mismos peces muertos en cajitas de fósforos que enterrarán en el jardín, usarán palitos de helado gemelo como cruces, ese mismo helado gemelo que, unos años después, me negará a mí y a mi hermano en un paseo en La Carolina –sí, me llevará eventualmente, porque mamá le obligará– con la excusa de que está demasiado caro. Es mentira, claro que nos comprará heladitos gemelos, porque dice que no le alcanza para más.

(Imposible comprar un maldito helado sin que el fantasma de mi padre me susurre al oído su precio).

No es la palabra favorita del fantasma de mi padre. Que no escriba, me dice, que me pondrás en evidencia. Que cómo se te ocurre ventilar las penurias de la familia. Ay, padre, como si estas no hubieran sido obvias, como si usted no se hubiera encargado ya de conversárselas a medio mundo bajo esa aura pseudoheroica que las familias en desgracia se autoimponen para dotarle a su pobreza de un cierto aire de dignidad.

No me venga con que debo callar, que usted nunca me enseñó a cerrar la boca. Lo aprendí por mi propia cuenta.

Y esto, por supuesto, no se lo diré. Pero me leerá, algún día (mi padre no sabe que lo escribo), estoy segura. Y aquella será la sentencia de nuestra hecatombe. Probablemente será el día en que su fantasma me abandone. Y ese día seré libre, pero también lo habré perdido. Y aquel día me convertiré, también, en esclava de su ausencia.

Ahora me cuesta querer lo que quería cuando niña. Como cuando en el centro comercial El Bosque, aquel mamotreto poliédrico en el que paseaba mi familia los sábados, encontré en el Paseo Amazonas –creo que así se llamaba–, ese cuyos locales comerciales simulaban casitas coloniales; encontré, decía, esa papelería que exhibía en su vitrina una cartuchera que contenía marcadores, lápices de colores, una regla transparente con patrones de figuras geométricas, lunas y estrellas; un sacapuntas, borrador, esfero, un block de notas y quizás stickers de animales, soles y estrellitas otra vez, para pedirle –la única cosa en la vida que le he pedido, padre– que me la compre, que me la compre porque está bonita y no porque la necesite, porque sí tengo un lápiz, uno Mongol, y tengo también un sacapuntas de metal y un esfero Bic y sé que con eso

me basta, padre. Pero, no. No me es suficiente. Y usted dirá que no, que para qué, y me negará quizás la única cosa que siempre quise poseer y que ya no sé querer, aunque quisiera.

Aunque ahora, a mis cuarenta años mire cartucheras similares y pueda pagarlas – pero tampoco puedo pagarlas– y me las niegue, una vez más, no solo porque usted no quiere, sino porque yo tampoco.

Y ahora todo lo que quiero o lo que me ha sido develado que querré se me escapa de las manos. Y me es imposible correr detrás de ello. Gracias a usted, padre.

Pero no le estoy hablando al fantasma de mi padre sino a ustedes. Y les digo que no debería quejarme, que hay muchas personas que la pasan peor que yo. Y tendré razón, pero sabré que eso, en realidad, no lo he dicho yo, sino él. Y me lo dijo esa vez en la que llegué a casa luego de dos días de desaparecer y me quejaba de que la vida no me estaba dando lo que me imaginaba porque yo misma no me daba lo que me imaginaba porque me limitaba a imaginar y no a dar y peor a hacer. Y fue entonces cuando padre me dijo que no me quejara, que a otros les había tocado peor que yo. Como a él, por ejemplo. Y me contó sobre su vida, sobre el pasado más o menos opulento del padre de mi padre y su incursión como empresario de boxeadores y de la vez en la que ocurrió un golpe de estado el mismo día de la pelea a la que el abuelo le había apostado la fortuna familiar, sobre la niñez de huidas de los acreedores, de los arriendos no pagos, del bisabuelo mendigo con una pierna amputada que vivía en la 24 de Mayo con su hermana la ciega. Y fue entonces cuando supe que todo estaba perdido, que terminaré así, yo también, pero sin hermana y con las dos piernas y los dos ojos servibles pero inservible yo, porque soy incapaz de hacer plata o de conservarla.

Porque ya he sido condenada por el fantasma de mi padre.

Que me gusta pegarme un tiro en los pies, padre. Eso me pasa, que me gusta escribir relatos que nunca publicaré para no avergonzarle, para no poner en evidencia a la familia. Para no ofender a la institución que me sostiene, que me da un techo y un plato de comida y ropa lavada y planchada todos los días al pie de mi cama, mientras que yo pago por el desayuno y la comida de mis gatos y un arriendo que bien me podría costear un cuarto en una pensión, pero sin almuerzos. De modo que estoy cagada. Escribo para nada, para decirle que nunca lea lo que escribo, pero que igual lo hará, porque mi madre, nuevamente, le obligará a hacerlo.

Y perdonen ustedes por conversar con mi padre mientras les hablo, pero saben que él me dicta qué decir como cuando madre habla por teléfono con alguien con quien

padre debería hablar, pero no quiere, y él le dicta a su vez lo que debería decirle, como hacen todos los maridos con sus mujeres (lo vi en televisión), lo que es una horrenda porquería y una de las razones por las que nunca me casé. Esa y porque padre nos decía, cada vez que tenía una pelea con mi madre (y cito textualmente): no se casarán, mejor háganse monjitas. Y yo no me hice monja, padre, pero vivo como una, pero sin el hábito ni la liturgia ni la fábrica de hostias ni el jarabe de rábano y cebolla.

Y así me habré librado de un marido, padre, pero no de un hombre que me respire en la nuca y que me diga todo el tiempo lo que hacer, qué comprar, cómo prepararme el café con pan, cómo hacerme arroz con plátano porque nadie ha cocinado y yo no voy a cocinar porque para eso mismo nunca me casé, carajo. Y el arroz con plátano tendrá que saber bien con huevo frito porque no habrá carne –nunca habrá carne–, y nunca habrá ni ají ni jamón, sino mortadela, y nunca, pero nunca habrá mostaza dulce para aderezar una ensalada de tomate con lechuga que será aliñada con limón y sal durante los últimos cincuenta años de su estable matrimonio, mientras pone usted la mesa –un momento, seré yo quien ponga la mesa– y me susurre, una vez, más, al oído, a mi cráneo, a mi glándula pineal: peor es en la guerra, hija, peor es en la guerra.

Cosas malas que parecen buenas

No toquen mi ropa interior. No se puede ni colgar un calzón porque enseguida desaparece. ¿Cómo que desaparece? Ayer colgué dos calzonarios y ahora que quiero guardar no asoman. ¿Cómo que no asoman? No asoman, pues. Por ahí deben estar. ¿Por ahí dónde? En el cajón de la Nena. Por eso mismo les pido que no cojan mi ropa interior, yo misma doblo. Pero entonces recoge. Yo sabré cuándo recoger, carajo. No me carajees, qué te pasa, pendeja esta. No cojas sus calzonarios. ¿Y por qué no voy a coger sus calzonarios? Porque se lo estoy pidiendo. Porque te está pidiendo, José. Yo voy a seguir cogiendo sus calzones si veo que están colgados en la ducha. No necesito que recoja mis calzones de la ducha. Entonces recoge, pues. Eso mismo quiero hacer, pero no me dejan. Pero si no recojo yo, no recoge nadie. Yo he de recoger cuando necesite, no cuando usted quiera. Pero están ahí dos días. Deje dos días, ¿en qué le afecta? Encima recoge mojados. ¿Cómo van a estar mojados? Mojados, pues. No hables tonteras. Claro, como usted no paga el médico. ¿Sí me va a pagar el médico si me enfermo? ¿Y por qué te vas a enfermar? Por la ropa interior mojada, pues, José. Las bacterias, pues. No hables pendejadas, carajo. Solo no toque mi ropa interior, no necesito que nadie toque mi ropa interior. Es que, si yo no hago las cosas aquí, no las hace nadie. No se haga el mártir. Nadie mueve ni un dedo en esta casa, yo tengo que hacer todo. No necesito nada de usted, no quiero que me ayude, no quiero que me recoja la ropa, no quiero nada. Entonces recoge tú misma. Eso quiero, pero no me dejan. No cuando usted diga, sino cuando yo quiera.

Niña berrinches

La culpa es de mi hermana, y siento exponerte, ñañita, pero las cosas son así. Quisiera decir que sus berrinches fueron la causa, pero en realidad se trató de uno solo. Mi padre no necesitó más, con uno de todo le es suficiente para sacar conclusiones determinantes. Ocurrió cuando era pequeña, con ella como hija única. Nosotros –mi ñaño y yo– no existíamos todavía. Ni siquiera en planes. Bueno, tal vez yo sí, pero no él. Creo que esa es la raíz de nuestros respectivos problemas.

Y la raíz del trauma de mi hermana pudo estar atrás, mucho más que el que voy a contar. Pero como yo no sé de eso, porque no es asunto mío (aunque, en realidad, sí, un poco), me remito a hablar de lo que sé. Y lo que sé es que se trató de ella, ella como artífice de uno de los pilares de las desgracias de nuestra familia.

A padre solo le basta una mala experiencia para renunciar a su futura repetición. Sí, ese es otro problema. Mi hermana debió tomarlo en cuenta cuando hizo lo que hizo, pero como era demasiado chiquita, pues aquello no fue posible. Aunque, ahora que lo pienso, a mi padre no le disuadieron otras desgracias como la que me ocurrió a mí cuando era pequeña y terminé con la quijada partida en el filo de una grada porque mamá se tropezó con las escaleras en el cine mientras íbamos a ver una de Cantinflas. A papá esa experiencia y los puntos que el doctor me dio para detener el sangrado no le disuadieron de llevarnos a ver películas, e incluso disfruta las de Cantinflas hasta el día de hoy. Quizás no le asusta tanto la sangre como la posibilidad de que esta se vierta, en sentido literal o metafórico.

Aceptémoslo: viajar con niños es una joda. O, al menos, es lo que supongo porque no tengo hijos. Supongo también que ir al cine con ellos también lo es, pero quizás sea un poco más barato y menos engorroso. De modo que tal vez padre encontró la excusa perfecta para no volver a salir de su casa en contra de su voluntad fuera de los perímetros de Quito.

El crimen perfecto amerita una excusa perfecta. Y mi ñaña fue la coartada.

Iban hacia Riobamba, o eso es lo que dice mi madre. Ella es quien recuerda esas cosas. No entiendo a quién se le puede ocurrir ir de paseo a Riobamba, pero bueno. Supongo que irían a ver de cerca el Chimborazo o algo así. Y la niña se había puesto a llorar. Mi hermana era esa niña. Dos o tres años, tal vez. El lloro se transformó en berrinche, el berrinche en un ataque, el ataque en un episodio. No sé si la escala sea la

correcta, lo cierto es que puedo imaginar lo que un padre, y en especial, una madre, pudiera sentir en torno al hecho de que su pequeña hija se revuelque en sus propias lágrimas y babas, emperrada porque vaya Dios a saber qué fue lo que la hizo enojar, en primer lugar.

Es probable que el bus estuviera lleno. Es probable que estuviera lleno de gente a la que no le hacía ninguna gracia tener que soportar a una niña berrinchuda durante el bendito trayecto, cuando bien podrían estar admirando la belleza de los Andes, en el caso particular de que el clima permitiera ver la cordillera en su real magnitud. Recuerdo que, cuando era pequeña viajé con mi madre y mis tías a Ambato y me impresionó el paisaje de lo que yo supuse que se trataba el páramo, pero que tal vez no lo era.

Los niños arman berrinches por las razones más variopintas. Ninguna de ellas vale la pena nombrar. Lo que importa no es cómo inició, sino cómo debería detenerse. Sospecho que se trata de un misterio irresoluble hasta el sol de hoy. Bebés y bebas arman relajo en los buses cada día, sin haber poder humano que los detenga, y con toda probabilidad será así hasta el fin de los tiempos.

Recordé a mi hermana y su episodio de alferecía *on the road* ayer que venía a casa en el Condado-Congreso. Una niña pambucha y de cachetes colorados, de no más de dos años, chilló como posesa durante el camino. Se retorció con su cuerpecito hacia atrás cada vez que su madre pretendía ponerle una mano encima, como si fuese víctima de un exorcismo. El camino de sus lágrimas, ya secas, marcaban la ruta de las recién salidas. Y sus moquitos transparentes formaban un pequeño bigote traslúcido a la usanza de Charles Chaplin (porque si nombro a Hitler o a Abdalá Bucaram me acusarían de maltrato infantil) hecho como con brillo de esmalte de uñas que se mantuvo fresco y húmedo durante la franja del trayecto que recuerdo haber hecho con ella hasta que me bajé.

La niña berrinches y sus lloros de cigüeña varada en la acera. La niña berrinches y su tía que le daba un teléfono celular con cámara para que se viera la cara enrojecida y la mueca del llanto, la niña berrinches que observaba con cara de extrañamiento su propio rostro, para apartar el teléfono luego, con sus manitas rechonchas del color de la canela, para seguir llorando con la libertad que le otorgaban sus cuatro deditos de frente. La niña berrinches intentando mirar por la ventana de vidrios polarizados con papel azul iridiscente mientras se ponía de puntillas en las rodillas de su madre, para darse cuenta luego de que no alcanzaba a la ventana y emperrarse todavía más, la guambra malcriada.

Y yo, detrás de ella, imaginando que quizás mi hermana fue esa niña hace cuarenta y pico de años, y que mi padre, que no tiene ninguna pulga, se viera obligado a bajar a mí

madre y a su hija única del bus, en medio de la carretera, en medio de la nada, de las vacas, tal vez, y del pasto que alimenta a esas mismas vacas, y de los pequeños campos de maíz de las pequeñas viviendas de adobe que existían antes de que todo-eso-dejara-de-ser-monte, para que mi hermana, pudiera, al fin, respirar el aire de los Andes y sentirse finalmente libre de tranquilizarse y dejar de llorar. Y haber ocasionado con eso que mi padre prometiera nunca más viajar con los niños para evitar semejante contrariedad. Y que cumpliera su palabra a cabalidad, cagándonos, con ello, las vacaciones y los paseos al resto de su familia –a mi ñaño y a mí, que se entienda– y que no teníamos nada que ver en el asunto porque ni existíamos, todavía, pero ya estábamos condenados de antemano a vivir en una jaula a la que nunca le vimos los barrotes pero que estuvieron siempre allí, frente a nuestros ojos ciegos de costumbre y dimisión.

No por eso te culpo, ñañita, sé que con lo que te ha tocado vivir tienes suficiente, pero ya que todos en esta familia se han llevado su parte, no sería justo dejarte a ti impoluta de toda culpa. Y ti, niña berrinches, la del Condado-Congreso, hazme saber cuando seas grande, para cobrarle juntas, a tu tía de mierda, todas las que con seguridad te va a estar debiendo en los próximos veinte años.

el que lo cambia todo
y todo, gracias a mí.

Segunda versión

Llego en Uber
(he llamado un Uber desde casa)
mis padres no me han dejado en la esquina de su casa
mi padre no me ha gritado a-qué-hora-vienes
mi padre no me ha avergonzado frente a él.
Llego en Uber, dije
su perro no me huele la entrepierna
porque no hay perro
les temo a los perros
mientras más grandes y voluntariosos, peor
(y este lo era).

En mi delirio, el perro se ha ido
se ha muerto, quién sabe
se lo ha llevado su ex
como un acuerdo de separación, tal vez
(lo que tiene más sentido).
Ustedes sabrán perdonarme,
pero necesito que mis fantasías sean verosímiles
hasta para poder creérmelas.

Tercera versión

Su casa neocolonial de barrio gentrificado
tiene dos ambientes,
dos estudios: el suyo, y el que fuera de ella
(esto último no me lo dice, lo averiguaré después).

Ambos son lo que se espera del estudio de un artista:

piso de duela
paredes de adobe blanco hueso
decoradas con sus óleos
sus tintas, sus acuarelas
pero las veo, apenas,
porque no puedo pensar en otra cosa
que en el hecho de que estoy metiendo la pata
soberanamente.

En mi versión edulcorada de los hechos
sí tengo cabeza para apreciar
aquel óleo de piel monstruosa
colorido como ninguna de sus paletas
aquel que comprará su amigo, el crítico literario
meses después.

En mi versión edulcorada de los hechos
nuestro encuentro final
no será final
tampoco será en esa cocina turra
de piso de cemento
cuyo frío carcome mis pies
por cuatro horas
sin derecho a queja.

En mi versión edulcorada de los hechos
no fue un vino Merlot comprado en el Tía
lo que tomamos esa noche.
Era Merlot, sí, pero quizás se habría tomado la molestia
de pagar por él unos diez dólares (como mínimo)
y no 4,99 como lo descubrí la semana siguiente
tras mi labor de espionaje.

Mis empanadas, esas que compré

esas por las que vagué la ciudad como un mendigo
preguntándome si le gustarán
costaron el doble
y ni siquiera las tocó.

En mi versión edulcorada de los hechos
no había perro
pero tal vez tenía que haber un perro
que se comiera mis empanadas
para así no haber botado mi dinero a la basura
junto con mi vergüenza.

Cuarta versión

Tendremos un diálogo en el estudio de su casa-artista
él habrá colocado dos sillas gemelas-antiguas-compradas-en-una-barata
frente a frente
para mirarnos las caras
mientras tomamos un vino de marca decente
(ni sé de vinos ni sé de marcas).
No me habría dislocado la espalda
sentada en aquellas bancas Picca color violeta
sin respaldo
sin cojines
en las que me invitó a sentar
en su cocina de mierda.

Habríamos tomado vino, sí
y habría una charla
qué digo
una conversación
no un soliloquio de su parte:
los premios que ha ganado

la beca que le permite vivir
(con modestia, me dijo)
exclusivamente de la pintura
mientras yo asiento y sonrío
y le lamo las botas, como siempre
porque nadie más que yo
reconoce su grandeza
y él lo sabe.

En mi sueño yo no callo
porque en mi sueño, tengo un trabajo
y una carrera
y en mi sueño no vivo con mis padres
y todavía doy clases en la universidad
y todavía gano un sueldo decente
y entonces yo también puedo ufanarme
de mis logros
y aunque nadie me conozca en mi país
he publicado fuera
y el insilio ya no pesará tanto
como piedra volcánica
disparada desde el cráter del Cotopaxi
directo al cráneo
de mi autoestima.

En esta versión de los hechos seremos iguales
porque partimos del mismo lugar
(del abajo)
pero fuimos artistas al mismo tiempo
y no
(yo)
dieciocho años después
para mirar de lejos
los laureles de los otros.

ni preferiría acariciarlo a él antes que a mi anfitrión
 porque mi anfitrión no se deja.

La quinta versión me dicta
 que cuando él me diga que uno tiene que ser egoísta
con su tiempo
(si de ser artista se trata)
 yo no me lo tomaría como algo personal.

Que cuando él me diga: tengo prioridades
 yo no lo sintiera
 como un balazo en el oído
 como una expulsión del paraíso
 sin haber visto, ni siquiera, la puerta.

Nada de lo anteriormente descrito en la quinta versión habría pasado
 porque su tiempo sería mío
 (yo lo valdría)
 y porque no habría más tarea en esa noche
que ser ahí
conmigo.

Sexta versión

De todas las versiones
 esta es la peor
 porque de todas las versiones
 es la que da más vergüenza.

Esa en la que, en lugar de despedirme
y largarme
 como correspondería a una dama de mi condición
 me quedo en su casa a ver qué pasa

a ver si puedo

–todavía–

recibir algunos huesos de su parte

uno de esos que

supongo

le arroja al perro

en caso de que hubiera uno.

En la sexta versión yo no recibo huesos

lo recibo a él

todo carne, él

y no necesito caminar hacia su puesto

no necesito sentarme en sus piernas

ni ser la que tome la iniciativa

en la sexta versión

él danza

él despliega sus alas

en ritual de apareamiento

yo solo asiento

doy mi visto bueno

y lo recibo.

En la sexta versión él no me toca como si atendiera

un manual de instrucciones

una lista de compras

que necesita tachar.

En la sexta versión

él no cumple una tarea

(una obligación).

En la sexta versión él no sacude las manos

al terminar la faena

y se levanta

Todos saben algo que yo no sé

Ellos hacen lo que deben hacer, tal como lo he hecho yo, pero con una diferencia: ellos logran resultados. No es que se pueda decir que sean exitosos. Bueno, quizás sí, algunos; no todos. La mayoría tiene un desempeño promedio porque se trata de gente promedio. No quisiera que se me malentienda, no dije lo que acabo de decir porque me considere en modo alguno superior a ellos, es solo que las cosas son así y así es como hay que llamarlas: por su nombre. Decía que la mayoría no destaca en absoluto, y esto es porque cumple su guion a cabalidad. ¡Qué digo, su guion!, cumple el guion a cabalidad. Algún guion, no sé cuál, pero se los entregan apenas nacen, creo. A todos, menos a mí. Terminan la escuela y el colegio, inician y culminan la universidad (y esto último ni siquiera es mandatorio), se casan (primero se comprometen y antes de eso se enamoran – o no, quizás enamorarse sea irrelevante– y aun antes, se conocen), tienen descendencia (hijos, gatos, perros), ahorran e invierten (quizás la mayoría solo ahorra), compran casas, compran carros, celulares de última generación, van de vacaciones con su familia cada año a la playa, sin falta (si tienen un poco más de dinero también viajan al extranjero), envían a sus hijos al colegio, a la universidad, los ayudan a comprarse una casa (o les compran una), se retiran, se enferman y tienen seguros médicos que cubren sus gastos, se mueren, son velados y enterrados con dignidad en salas de velaciones y cementerios, o son cremados, en el caso de las mentalidades más modernas, y todo esto lo hacen, en apariencia, sin demasiado esfuerzo, sin demasiado seso, sin demasiado aspaviento, como si estuviera programado en su ADN, como si fuera parte del mismo instinto que obliga a los mamíferos a llevarse a la boca el pezón de su madre.

Claro que exagero, que no se piense que mi razonamiento es tan elemental. Sé de sobra que a muchas personas aquel guion no se les ajusta, naciones enteras que ven truncados sus proyectos vitales por efectos de la guerra, de la violencia, de las fuerzas de la naturaleza, de masivas catástrofes financieras. Sin embargo, no hablo de ellos; vamos, no hablo de personas para quienes las condiciones externas les son tan desfavorables que los expulsan del juego de la vida como si un impulso superior e invisible, pero cuya potencia puede sentirse en la atmósfera, los barriera sin miramientos. No me refiero a las naciones que han nacido y vivido en la miseria, en condiciones de patente adversidad, abrumadas por el hambre y la inseguridad, no. Y sé que hablo de millones de seres humanos, billones, quizás. No se trata de ellos, sino de los otros, de aquellos quienes, pese

a vivir de la mano de esa misma adversidad que los ha acogido en el contexto de su país o de su familia, la han sabido esquivar con más o menos certeza, hablo de la gente que vive y lucha al lado mío en alguna supuesta igualdad de condiciones, esas batallas que yo no he sabido –o no he querido– pelear, mientras me conformo con observarlos desde la mesa de plástico en la que me sirvo mi almuerzo de tupperware recalentado en el microondas de la oficina, al tiempo que miro televisión nacional en una señal precaria de un aparato pirata comprado por el ayudante de mi jefe en algún centro comercial popular. Hablo de esos seres que se sientan a comer conmigo, que han calentado en ese mismo microondas su arroz con pollo, que han comprado el jugo en funda en el restaurante de la esquina, que se lo beben de la funda misma, y que con esas mismas ganas y ese mismo desparpajo, regresan a su casa en la noche con su esposa, con sus hijos, en su carro, para vivir la misma historia de vida que millones, mientras que yo no tengo la más remota idea de cómo lo hacen.

He admirado siempre esa capacidad de los seres humanos que me rodean (con algunas excepciones) para jugar a la vida sin problemas. Okey, no podría decirse que los admiro. Yo más bien diría que me admira que puedan hacerlo sin la mediación visible de cualquier esfuerzo. Y aquí se me malentenderá otra vez. No es que no reconozca que no hay un trabajo de por medio en, digamos, mantener una familia, sino que a lo que me refiero, y en esto me gustaría ser enfática, es a que, pese a la enorme laboriosidad que supone criar hijos, o administrar una empresa, o ahorrar para el futuro, la gente lo hace, para bien o para mal, y a pesar de sus circunstancias. Todos, excepto yo. Y bueno, tal vez uno que otro paria cuya impotencia sea similar a la mía.

¿Por qué me cuesta trabajo el juego de la vida? Tengo la impresión de que se me ha arrojado a participar en un partido cuyas reglas desconozco, pero los demás no. Estoy en desventaja y es lo que me aterra. Me aterra que todos sepan algo que yo no sé. Sé que los otros tienen incorporado un conocimiento, una sabiduría que me es ajena, que me impide relacionarme con tranquilidad con los demás, que no me deja comprender a cabalidad cómo diablos se hace para pagar las cuotas mensuales de una casa o de un carro. ¿Cómo carajos hace la gente para criar a un hijo y trabajar y hacerse cargo de la casa al mismo tiempo sin perder la cabeza en el intento? Sospecho que no será tan difícil, porque lo hace todo el mundo (bueno, no todos). Veo a parejas jóvenes anunciar su compromiso, presumir la sortija de diamantes (supongo que se trata de diamantes), invitar a sus amigos y familia a su boda. Veo en las redes sociales esa boda, veo a los novios, veo el vestido, veo los trajes de la corte nupcial y la lista de invitados, veo a la banda, veo el baile, veo

la torta, veo al padre de la novia dar su discurso con una copa de champaña en mano frente a una mesa redonda adornada con motivos florales, veo una recepción que ha costado una cantidad obscena de dinero y que ha pagado el mismo padre de la novia junto con la luna de miel en el sudeste asiático y veo que todo aquello se hace como si se preparara la receta de una tortilla española. Y veo, sobre todo, que yo no he sido invitada, ni lo seré, ni tampoco seré la dama de honor ni de amor de la novia ni mucho menos la novia, y nunca sabré muy bien por qué.

¿Qué diablos es aquello que no puedo ver? Eso que ocultan los que parece que siguieran el guion de la vida con meticulosa exactitud. Quizás haya algo que me impida entender que son fachadas, que la vida no es ni tan linda ni tan plena ni tan sencilla como parece ser. Que el padre se ha endeudado hasta el alma para pagar la boda de su hija; que la hija, que es, al mismo tiempo, la novia, ha presionado al novio para que se casen, así como lo ha presionado para que se comprometan y antes de aquello para que tuvieran una relación. Y el novio ha aceptado con mansedumbre su destino bajo la norma de que se debe cumplir la ley de la vida, a sabiendas de que se encargará de quebrantar, uno a uno, los votos que hizo frente a un cura de una iglesia a la que sus padres pertenecen y pertenece él también gracias a esa misma inercia. Y que la gente que sostiene matrimonios y familias y empresas ocultan quizás aquel detalle que yo desconozco. Ese detalle que no cuentan, ese detalle que nos dice que su fachada se caería a pedazos al primer resoplido de realidad, y que muchos de los que sostienen una vida sin sorpresas en realidad la sostienen porque si le dieran paso a un atisbo de sorpresa la mampostería se caería en pedazos. Y aquello es, con exactitud, ese algo que yo no sé. Ese algo que me impide mostrarme frente a los otros investida de una victoria que me es esquiva, que jamás obtuve o que, de haberla logrado en algún momento –y no digo que algo así hubiera ocurrido nunca–, la dejé ir con la misma facilidad con la que algún día declararé que la he perdido.

Stalker

Soy una stalker inofensiva, de esas que husmean con sigilo los perfiles de los hombres que ha amado alguna vez. No de las que se inventan cuentas falsas y envían solicitudes de amistad para comprobar el nivel de ligereza de cascos de esos mismos hombres a la hora de aceptar la amistad virtual de, por ejemplo, alguna cara bonita cuya foto se robó de algún perfil random de internet.

En realidad, sí creo perfiles falsos en Instagram, porque hacerlo en Facebook es demasiado engorroso, primero, y pasado de moda, después. Pero lo hago con alguna foto de perfil cualquiera (como la de un gato o un amanecer), sin la esperanza de que el stalkeado en cuestión se convierta en mi seguidor, sino con el objetivo de pasar desapercibida a la hora de revisar sus historias.

Las historias, ese mecanismo de tortura del que no tenía mucho conocimiento hasta hacía un par de años. Aprendí a sacarles partido cuando el actual objeto de mi stalking se deshizo de mí antes de haberlo intentado conmigo siquiera. Ese es el problema de las relaciones contemporáneas, la gente se desentiende de ti incluso sin que exista una relación. Sin haber tenido nunca nada.

En fin. Esto fue lo que hice: crear un perfil “alternativo” en Instagram que fuera intercambiable con mi perfil oficial desde el teléfono celular, para así poder saltar de uno a otro a medida de mis necesidades. Nunca me convertí en su seguidora porque su cuenta es pública, de modo que esa operación es innecesaria. Él es artista, y los artistas se deben a sus seguidores, como debe ser.

Con esa cuenta “alternativa” puedo analizar sus historias con total impunidad. Me enteré de que hizo una residencia en el extranjero, el país de destino me lo ahorraré porque no quiero dar demasiados detalles como para que él se sienta identificado, en el caso remoto de que me lea.

Llevo stalkeándolo aquí y allá por un año más o menos y nunca me di cuenta de que había viajado para hacer esa maldita residencia. ¿Hace cuánto fue?, ¿en diciembre?, ¿y por qué no me percaté, Dios mío? Ah, porque decidí renunciar a espialo por algunas semanas (tal vez fueron días) y la abstinencia funcionó por un tiempo, aunque, como buena adicta, acabé por reincidir. Y mientras tanto yo pensaba que él aún vivía en la ciudad y por eso evité asistir a los lugares a los que él acudiría. Gracias a este episodio comprendí que stalkear sirve de algo. De mucho, diría yo. Te ahorra tiempo, te mantiene

al tanto de la vida de los demás y te permite atar cabos para justificar por qué carajos esa persona es cercana a los otros, pero no a ti. Por qué esa persona se acuesta con otras, pero no contigo. Y te permite tasar, eso sí, en primera instancia, qué tan defectuosa eres tú en realidad, con respecto a las mujeres que a tu stalkeado sí le gustan.

Y en medio de esas reflexiones y mi dosis diaria de sus historias pasadas, descubrí que en aquella residencia la conoció. La cantidad de información que se puede obtener de un perfil de Instagram no tiene paralelo en la historia del espionaje aficionado. A primera vista parecería obvio que se enamoró de esta mujer, o que al menos le gustó lo suficiente como para haberle pintado un retrato. Sí, en una de sus historias –de noviembre o diciembre, tal vez– aparece él en plena ejecución de su pintura alla prima; y ella, sentada frente a él, retratada en la piel impoluta de sus 25 años y sus ojos melados que él ha interpretado con libertad como verdes. Ella, con su argolla en la nariz y su mono celeste de pintora y su doble trenza francesa que me llevó a preguntarme cómo una mujer puede hacerse sola tremendo peinado o si recibe ayuda de alguien y si es así me pregunto quién es ese alguien que se toma la molestia de peinarla todos los días por las mañanas. Y no fingiré más que no sé la fecha exacta de aquel evento: fue en uno de esos veranos del polo sur, en diciembre; el 29, para ser exacta.

Sé también, tras “revisar” las fotos de la chica, que cultiva un estilo de vestir particular y que para combinar su ropa utiliza paletas de colores arriesgadas y que su look aesthetic es todo lo que se espera de una mujer contemporánea promedio más todo lo que se espera de una joven artista visual. Sé que pinta a futbolistas y que le gusta Star Trek y que le divierte pintarse las uñas de colores o tal vez no le divierte tanto, aunque eso tampoco la disuade; y que hace acrobacias con aros y que es girl scout y que se pega esas piedritas de colores en la cara cuando se maquilla porque le interesa experimentar con maquillaje. Luego me enteré de que lo de las piedritas es tendencia, por lo que en realidad no experimenta, en el sentido estricto del término.

Y me pregunto qué fue lo que él vio en ella y me respondo con facilidad a esa misma pregunta tras enumerar, primero lo obvio y segundo, lo no tan obvio; a saber: a) su edad, cómo no. Ella 25, y él, 44; diecinueve años de diferencia que sí, señoras y señores, son bastante notorios. b) su incuestionable belleza. Su cara similar a la de un roedor con esos dientes ratoniles, pero digamos que en el buen sentido de la palabra. Un rostro más cercano al de Topo Gigio que al de Ratasura, para que se me entienda. c) su condición de artista emergente. Alguien con quien él podría sostener una conversación sobre pintura que sería imposible de sostener conmigo, al menos no al mismo nivel.

Y entre la razón no tan obvia estaría: d) su cuerpo estilizado con las justas. No delgado ni tampoco curvilíneo, joven en la medida exacta como para pasar por bello, con esa hermosura despreocupada y obvia de los cuerpos juveniles solo por el hecho de serlo. Sin una silueta despampanante, sin caderas prominentes ni redondas ni cintura evidente, sin pechos, con un vientre tan plano como para posar en bikini sin complejos ni chupar la panza.

No creo que a él le impresione el hecho de que ella esté involucrada en asuntos tan convencionales como los boy scouts o la selección argentina o el Peñarol, porque se nota que la chica es hinchada del fútbol y que yo sepa él no, que yo sepa a él le gusta jugar fútbol o al menos le gustaba. De ahí a usar la camiseta de la selección cuando hay partido de eliminatorias, pues eso es otra cosa. Supongo que estará dispuesto a bancarse esas preferencias más bien convencionales porque se la quiere tirar.

Tampoco creo que le haga mucha gracia el hecho de que le guste Star Trek porque a él esas mamadas gringas le valen verga. Otra cosa que no sé si le guste es lo del maquillaje. A pesar de que he visto en sus fotos que la chica acostumbra a llevar la cara lavada, así que tampoco sería un problema insalvable. A él me lo imagino haciendo concesiones, diciendo cosas como: bueno, es bien fifa, pero está buena, además es artista y viste bien. Qué más da, puedo con que sea fifa y girl scout. Igual, de pronto hasta pueda cambiarla. Y no creo que pueda cambiarla.

Y luego noto que él ha publicado el retrato que le pintó junto a unos genéricos hashtags como #artista, #pintura, #artista uruguay y junto a este último la bandera de Uruguay (lo que es apenas comprensible y redundante) y, después, la traición: un emoji de cara con corazones en los ojos junto al hashtag de ella, lo que me parece inconcebible en un tipo como él. Entonces recuerdo enseguida que él también me envió su respectivo emoji de gato con corazones en lugar de ojos la última vez que nos vimos y luego de que me diera la patada, así que podría asumir a aquel ícono como si no significara nada, como si él posteara emojis sin la mayor conciencia del alcance psicológico que estos podrían tener y la posibilidad que abren a la interpretación.

Enseguida me pregunto qué pensará su novia de este episodio, porque sé que tiene una novia, o porque me consta que, al menos, la tuvo. Y aunque ya no estén juntos es obvio que todavía mantienen una relación, no sé bien si de amistad o sexo intermitente; de mera cordialidad no es porque él le da like a ella en cuanto post ella publica (cabe señalar que él solo da likes, nunca un comentario, nunca un me encorazona, nunca un me importa, quizás un me divierte a sus conocidos varones, jamás a una mujer. Solo una vez

un me asombra, a un colega, por supuesto). Ese hombre es un témpano. Obsequia likes a sus contactos con tal mesura como si los bendijera desde el Olimpo que habita, y bendice con la misma frialdad a su noviecita. Lo importante es que no le falla una y eso me pone celosa porque a mí solo me da like en mis logros profesionales o artísticos y no en mis publicaciones de índole personal (cosa que sí hace con sus amigos, y yo solía ser su amiga, lo fui durante como veintidós años), lo que indica que, mediante esos tales likes, le alegra que me vaya bien en la vida pero que no piense ni por un segundo que le divierten mis tonterías o que quiera cortejarme, solo aprueba mediante un dedito arriba que publique un cuento o que gane un premio; nada más.

Y lo único que puedo hacer es imaginar cómo él pudo establecer una relación con una mujer, cómo se siente que un hombre como él no solo te corteje (porque a mí me cortejó una vez, solo una, para luego arrepentirse), sino que sostenga el cortejo, que se mantenga firme en él a punto de solicitarle a una mujer tener una relación (¿o es acaso ella la que tiene que solicitársela a él?), y que ésta acepte (o que él acepte), y que se vayan a vivir juntos, ¡juntos!, y que compartan el baño, la cocina, el lavabo y por qué no el dormitorio (el dormitorio; sí, eso más que nada). ¿Cómo un tipo como él, a quien apenas puedo imaginar de la mano con alguien puede entregarse de esa manera a otras que no son yo y por qué con ellas sí puede, pero no conmigo? ¿Cómo mierda ocurre esa operación? ¿Qué diablos es lo que una tiene que hacer para lograr que un tipo como él (para lograr que él) se vaya a vivir con una, le haga el amor a una todos los días y hasta le haga hijos? No uno, sino dos. ¿Cómo? ¡Cómo!

Debería dejar de ver las publicaciones de esos tres: la novia, la crush y las suyas. ¿Por qué yo nunca pude lograr lo que esas dos chicas pudieron? ¿Qué tienen ellas? (talento, belleza, juventud, dinero, contactos, ningún trauma que les impida sacar adelante sus carreras, una inquietud artística similar a la de él, una familia que las apoya, ¡qué sé yo!) ¡Qué me falta a mí! (juventud, quizás belleza –quizás él ha dejado de considerarme bella, quién sabe–, contactos, una inquietud artística similar, notoriedad, prestigio, una carrera sin altibajos, etc.). Este tipo de pensamientos no son saludables en absoluto. Debería bloquear a ese trío. Procedo a bloquear a ese trío de forma intermitente, primero a la chica uruguaya (la bloqueo luego de desbloquearla para ver sus historias y darme cuenta de que tiene la vida social que yo nunca tuve a su edad y que se abraza con cuanto tipo se le cruza y les dice que los ama –he de suponer que como amigos, porque no son pocos– y me imagino que a él le debe molestar esa tendencia suya de ser una amiguera, no sé, se me ocurre). Luego bloqueo a la novia, una vez analizadas sus historias, claro

(ella sí, influenciada por él hasta el tuétano, solo publica sus logros profesionales con textos mínimos, un emoji o dos, tal vez, un sticker o un gif animado; quizás etiqueta a alguien o señala una ubicación en el extranjero, como es usual: Nueva York, Miami, Cádiz, París, ustedes saben, los lugares por los que su obra ha circulado); y al final llega su turno. A él le doy un trato especial: no reviso ni revisaré sus historias con mi perfil oficial, sino con el alterno, y solo las de Instagram, no las de Facebook. Después de todo, sus historias de Instagram son más abundantes, no sé por qué. Sí sé por qué, porque otros lo etiquetan en sus publicaciones y él, a su vez, las repone así como para decir que tiene amigos o, al menos, contactos profesionales. Y si tiene amigos, ¿quiénes son y por qué sube historias con ellos y no conmigo? Recuerdo entonces que él y yo nunca hemos tenido ni una foto juntos, ni una sola en veintidós años de amistad, y que la única evidencia de nuestra relación es el ataque de ansiedad que me ha llevado a escribir este delirio.

Aunque lo que no es un delirio es esa historia que noto en la cuenta de ella: en el centro de la imagen está su retrato: de pequeño formato, me atrevería a decir que todavía tan fresco que si pasaras los dedos por él se te mancharían de óleo. Al costado derecho, ella, en cuerpo presente, con su top amarillo que cubre apenas sus pechos imaginarios, su chaleco verde a rayas y su pantalón palazzo hasta los talones. Agarra una lata de cerveza con ambas manos, como si esta corriera peligro de fugarse, como para evitar de una forma un tanto forzada –o tal vez mucho– dejar libre una de las manos que sostiene con urgencia aquel envase que no se irá a ninguna parte si se lo portara solo con la izquierda.

A la derecha de la imagen está él. No recuerdo y no me importa dónde están sus manos, esas manos que son, al mismo tiempo, su herramienta de trabajo y su discordia. Esas manos anodinas, olvidables, que por esta vez voy a nombrar porque ya me acordé dónde las puso: cruzadas de frente, con esa pose de señor que se ha resignado a agarrarse aquellas manos que jamás podrán tocarla, porque ella no se deja, porque ella prefiere aprisionar con las suyas una miserable lata de cerveza que extender su brazo alrededor de él. Y es ahí, en ese gesto incómodo de ver y aún más de ejecutar en el que encuentro un atisbo de compasión hacia él, o de lástima (sí, esa es la correcta selección de palabras). Es oficial: aquel hombre que algún día fue, aquel por el que me hice de izquierdas, aquel a quien he escrito una novela, dos poemarios y unos dos que tres cuentos, me da un poco de pena. Pero, vamos, que yo también me doy, a veces, otro poco de pena.

Fingir, palabra clave

Juro que no he causado esto (ella ha causado esto). Pero, la verdad es que no estoy segura (sí que lo está). El autosabotaje puede tomar muchas formas (como esta, por ejemplo). Necesito un trabajo (ya tiene un trabajo). Uno bien remunerado (uno que la obligue a salir de su casa). El que tengo no está mal, en términos de contactos (¿cuáles contactos? No joda). Es solo que he podido conocer a gente muy interesante que me podría ayudar cuando lo necesite (si les pidiera de favor, cosa que jamás hará). Un doctor del MIT, otro de Harvard y otro de Stanford (o es lo que dicen, y ella les cree). Podrían darme cartas de recomendación (siga participando). Además, en mi actual empleo he conocido a gente muy interesante (con la mayoría no habla de nada importante, pero, al menos, hay que reconocer que son buena gente) con la que puedo hablar de cualquier tema (y ese es, precisamente, el problema). He desarrollado mi capacidad de conversar sin juzgar (entonces, por qué estás escribiendo esto), cosa que no había logrado hacer en el pasado. Antes era incapaz de sostener una charla banal, ahora puedo sacar conversación sobre cualquier tema (yo a eso no le llamaría un logro). Es un gran logro (¿qué habíamos dicho?), considerando mis problemas de ansiedad social galopante (eso se lo acaba de sacar de la manga). Ahora ya no tengo miedo a los desconocidos (cada que ve un alumno nuevo en su lista, tiembla en silencio), y puedo hablar con extranjeros del primer mundo de igual a igual (se dio cuenta de que son tan ordinarios como ella, o hasta más). Si eso no es una ventaja, no sabré decir cuál (el que le paguen una miseria, sinceramente no es una ventaja). Por otro lado, hace rato que no sé lo que es un fin de semana (y, aunque, lo supiera, no lo aprovecharía), y mi día libre es el lunes, lo que no fue una decisión muy acertada que digamos (no tengo nada que refutar al respecto). He estado pensando en cambiar mi día libre, pero no acabo de decidirme (es un síntoma), lo que es un síntoma de que tal vez no ocurra. Tengo un problema con la toma de decisiones (tiene un problema con las decisiones). No las tomo (pero nunca), y eso es lo que me trae problemas (sus problemas son multicausales, pero es un buen comienzo). Debería tomar decisiones más seguidas (todos los días, para empezar), decisiones divergentes, que me hagan tomar rumbos distintos (pero no tanto), así como para fingir que tengo alguna posibilidad de alterar mi vida (fingir, palabra clave), porque esta rutina no me deja apartarme de lo conocido, y eso no me lleva a ninguna parte (yo sí sé a dónde la lleva, pero no lo diré, porque no quiero sonar fatalista). Alterar mi rutina, aunque sea un poquito (podría

empezar por conseguir un trabajo que pague de verdad), así como para recuperar el rumbo (nunca tuvo un rumbo), para reencaminar mi vida (su vida es un terreno baldío por el que se abre paso a patadas y a tientas), para devolverla a su estado natural (no hay nada parecido a su estado natural). Buscar un nuevo trabajo sería una buena forma de empezar (lo hizo sin mucho éxito, pero no es que se haya descuidado. Bueno, sí). Ya lo he hecho, pero reconozco que podría hacerlo mejor (podría buscar todos los días). Creo que he perdido demasiadas oportunidades (creo que ha perdido la esperanza), creo que me he acostumbrado a mi nueva situación (a su situación de toda la vida). Conocer la pobreza de primera mano hace que dejes de temerle (y eso es peligroso) y eso es peligroso. Me he acostumbrado otra vez a la precariedad (nunca dejó de hacerlo), y por alguna razón (ella sabe cuál), no soy infeliz (y se lo cree). Estoy cómoda (entonces por qué no puedes dormir en las noches). Me lo dijo la otra vez un amigo (no es su amigo, es un idiota), él me dijo que vivía en una miserable comodidad (lo dicho). Y aquella frase me pareció poética, no tan propia de él, si consideramos el contexto (se la mandó por email). Y me quedé con eso, porque estuve de acuerdo con el estado de mi amigo (que no es su amigo, vaya), y porque me impresionó su confesión (él es un miserable y está en paz con eso). Y ahora lo he hecho mío (al contexto, suponemos). Vivo (vivimos), en una miserable comodidad. Pero la mía es manifiesta, y la de él, percibida. Me pregunto dónde estará (ella lo *stalkea* de vez en cuando), hace meses que no publica nada en redes (ella ha dejado de seguirlo y hace años que no le da ni un *like*, pero eso a los hombres les excita, al parecer), tal vez publique algo en Instagram (pero ella no lo sigue en Instagram). No sé por qué me pregunto estas cosas (porque quiere distraerse de lo que en verdad importa), debería concentrarme en devolverme la autonomía económica y rentar un departamento para mí sola (eso no es posible en esta ciudad), y preparar mi propia comida, comprada con el dinero que gane, a mi gusto y sin tantos carbohidratos (comida de mierda). Sin arroz, sin papas. Solo pan integral y vegetales (comida de mierda). Y huevos y salmón (óiganla). Nada de queso, nada de mantequilla derretida para cocinar. Solo comida que me alimente el alma (no puedo creer que escriba eso), para conservar mi estado físico (no dice nada sobre el ejercicio). Caminar, me gustaría caminar como antes, por las calles de Quito (por dónde más), sin rumbo fijo, esperando que deje de hacer tanto sol (el sol nunca ha sido un problema, sino el no tener a dónde ir, ni con quién). Caminar y vencer de nuevo la ansiedad social (que su trabajo de dar clases *online* no solucionó), enfrentando la realidad. Enfrentándolos a ellos, mis enemigos (sus enemigos imaginarios), que no me saludan si yo no los saludo primero (lo han intentado, pero ella ha esquivado la vista), como si yo

no existiera, o, peor aún, como si yo tuviera la obligación de saludarlos (por educación, aunque, tal vez tenga razón). La he cagado, la he cagado en serio. Me refiero a la oportunidad de usar a mis contactos (usar no es la palabra que emplearía, porque suena feo) para conseguir un trabajo o lo que sea (lo que sea es prestigio, dinero, un proyecto). Pero no puedo (y a este paso no podrá). Y sé que acabaré muy mal si no me rectifico pronto (está en lo cierto), pero es lo que me digo siempre, y acabo por repetir los mismos patrones una y otra vez (trampa hecha a pulso). Terminaré en la calle si continúo así (eso sonó fatalista, pero no inverosímil), pero estos pensamientos no me ayudan (la ayudan a estar alerta). Necesito tranquilizarme (necesita espabilarse), respirar profundo, hacer meditación (ahí vamos de nuevo). Sí, eso ayudará. La relajación muscular progresiva de Jacobson para poder enfocar mis pensamientos (yo soy tus pensamientos y te digo que te calles). Eso me ayudará a aceptar mi momento presente (eso no soluciona el problema) y a desarrollar la resiliencia (no necesita resiliencia, necesita dinero).

Helena

Tanto Helena como yo habíamos llegado a una edad en la que se supone que, al menos, habríamos hecho algún intento por establecernos. En mi caso, a los veintiocho años mi vida ni siquiera había despegado. No tengo idea de cómo consiguió mi teléfono ni tampoco las circunstancias. Quizás me contactó por Facebook, como se estilaba en aquellos días. O tal vez aún no teníamos Facebook por entonces, quién sabe. Lo que recuerdo es el sentimiento que acompañó al hecho de que se dirigiera hacia mí por algún medio.

Tampoco se me viene a la memoria lo que me dijo para convencerme de que nos viéramos de nuevo. Habían pasado años, quizás una década, desde la última vez que hablamos. Acepto que fue más culpa mía que suya, que una vez que me separo del lugar en el que forjo mis vínculos, casi nunca más vuelvo a saber de ellos. Ignoro por qué soy así y quisiera creer que podría cambiar. Sin embargo, las evidencias de mi historia que demuestran lo contrario son aplastantes.

Lo que yo quiero en los próximos diez años es ser millonaria. Eso fue lo que rescato de nuestra conversación cara a cara. He olvidado casi todo lo demás. Me habrá contado en el trayecto algo sobre su matrimonio fallido, sobre sus hijos, sobre la carrera que era evidente que no ejercía en ese momento. Supongo también que yo no tendría mucho que contarle porque no había nada destacable que contar, salvo que llevaba tres años sin hacer la tesis.

Lo que yo quiero en los próximos diez años es ser millonaria.

Debí anticipar la puñalada. Por entonces, el reclutamiento para *network marketing* no era tan popular todavía como para poder preverlo como una posibilidad. A mí también me hubiera gustado ser millonaria en los próximos diez años, no nos digamos mentiras; eso sí, una cosa es soñarlo y otra muy diferente es llevarlo a la práctica y yo ya tenía suficiente práctica en diferenciar ambos estados de conciencia como para tener claro que la movilidad social ascendente no era más que una fantasía irrealizable en mis actuales circunstancias (y también en las de Helena). Por supuesto, nada de esto se lo hice saber.

Se me ocurrió felicitar sus ambiciones y sospecho que no dije mayor cosa. Tal vez le hubiese preguntado cómo pensaría lograrlo y admito que hubiese sido de mal gusto. De cualquier forma, no soy una persona de muy buen gusto, por lo que aquella pregunta hubiese sido más que factible.

Y fue ahí cuando Helena me habló sobre el producto estrella de su, cómo decirlo, innovadora idea de “negocio”: pastillas para optimizar el uso de la gasolina. Era evidente que la vida la había golpeado, como a todos. Hay cosas que sé sobre ella que no mencionaré, así que deduzco que me lo dijo el día en que me citó en aquel café (supongo que era un café) o quizás una de esas panaderías elegantes que tienen mesas para que te comas una pasta mientras conversas de la vida. Conozco los detalles de su caída, de la de su familia, y sospecho que ella también conoce los detalles de la caída de la mía y de mí misma, porque no creo haberme quedado callada mientras Helena se confesaba. Así que diré que nuestra cita nunca fue en vano después de todo, porque, al menos, pude ver una vez más a Helena. Aunque no por las razones que yo hubiera deseado, en primer lugar.

Cuando me excusé de participar en su negocio piramidal fue la última vez que escuché de Helena. No me volvió a llamar. Como yo no soy de las que llaman, nuestro conato de restablecimiento de amistad que nunca tuvo planes de serlo, para empezar, falleció ahí mismo donde había iniciado: en un fallido reclutamiento para un negocio de pastillas para optimizar combustible.

No recuerdo si le dije que no (por entonces, me habría visto incapaz de hacerlo), así que lo más probable es que no le contesté el teléfono, quién sabe. De que me ha perdonado, me ha perdonado, porque nos seguimos en Facebook, pero hace tiempo que silencié sus historias, por motivos que tampoco vienen al caso.

De cualquier forma, ella se había deshecho de mí hace como catorce años. Así que remordimientos no tuve. Fue un silenciamiento paulatino que le tomó tres años en llevarse a cabo en su totalidad, hasta dejarme fuera de su vida. Yo no opuse resistencia y ella sabía que así serían las cosas. Del 95 al 97, apenas puedo creer que nuestro alejamiento se coció tan a fuego lento. Debió ser una suerte de sufrimiento imperceptible, uno de esos cánceres de los que tomas conciencia cuando han hecho metástasis y ya no hay nada que hacer, salvo resignarte a la muerte. Yo era la enferma terminal que recibía la noticia de su inminente desaparición prematura, sin comerla ni beberla.

Solo que yo sí la comía y la bebía. Pero me gustaría explicar el porqué.

Tener amigas nunca ha sido fácil para mí. Ha sido imposible. No recuerdo haberme hecho amiga de ninguna niña, nunca. Han sido ellas las amables, las que se han acercado a mí una vez que me han visto sola en algún espacio gregario, desorientada y hasta un poco patética, y se han apersonado de mí para que les dejara de molestar su

conciencia. Han sido siempre ellas quienes me han adoptado. Yo solo he sabido practicar mi reciprocidad en la medida de mis precarias posibilidades.

Helena siempre tuvo razón: soy una amiga defectuosa. Nunca me lo dijo en la cara, pero creo que estaba implícito. Por eso no la juzgo ni le guardo rencor. En el fondo siempre supe que la culpable era yo. De lo que pasó entre nosotras y en cualquier hecatombe que me ocurre cada vez que me separo de una persona que es querida para mí.

Helena hizo lo que tenía que hacer; esto es, conseguirse una mejor amiga. Una mejor amiga de verdad. Ese puesto lo había ocupado yo por los últimos nueve o diez años, por lo menos. Pero no lo hacía muy bien. Ella se merecía a alguien con más predisposición a ser la mejor amiga de alguien. Y ese alguien no era yo.

Habría que aceptar que las habilidades de Helena para hacer amigas tampoco eran tan afinadas que digamos. Recuerdo haberla visto de lejos, quizás con un poco de pena y otro poco de profunda identificación con su aislamiento, cada que se sentaba solita, en las gradas de cemento y piedra de la cancha de básquet del patio principal de nuestra escuela.

Se la veía estoica, como si no le molestara su soledad. Agachaba la cabeza solo para mirar los alimentos de su lonchera y sacarlos de ahí y comérselos (pienso, no sé por qué en, por ejemplo, una mandarina). Nunca una espalda arqueada, nunca unos hombros estrechos. Las piernas juntitas, siempre; ladeadas, a veces, como se sientan las princesas. Su cabello de miel recogido en melena y su rostro de seriedad altiva. Nunca me hubiera atrevido a dirigirle la palabra primero.

Entiendo que fue alguien más quien la invitó a jugar. Tendríamos unos siete u ocho años, tal vez. ¿Helena resistía sola desde los cinco, acaso? No lo recuerdo bien, no fuimos amigas desde el kínder. Eso lo tengo claro. Pero estábamos en el mismo paralelo, sí. Y conocía su nombre de pasada.

Yo tampoco sabía hacer amigas. Pero supongo que mi cara no era tan severa, porque primero fue Anita; luego, Aleja. También Karina, Ingrid, Carlita, Belén. La lista de las amigas que decidieron dar el primer paso para adoptarme es larga. Quien la leyera, hasta pensaría que alguna vez fui una niña popular. Alguien a quien la gente busca para tenerla cerca. Lo cierto es que, si ellas nunca se hubieran acercado a mí, yo jamás me habría acercado a ellas. Y mi vida hubiera sido, por descarte, como la de Helena.

La huida de mi soledad ha estado, desde siempre, supeditada a la voluntad de los otros.

Todas tenían su par. Puedo dar cuenta de ello recién ahora que lo miro en retrospectiva. No es que me fuera indiferente este hecho en su momento, pero no podría

decirse que lo noté del todo. Mentiría si dijera que no tenía mi par; tal vez era Carlita, en algún momento. Recuerdo con claridad que ella siempre fue mucho más entusiasta que yo con eso de nuestra amistad. Y acepto que fue por esa razón que la traicioné. La traicioné sin darme apenas cuenta –como he traicionado a todos– con Helena.

No recuerdo cómo me emparejé con ella, lo que es una lástima porque habría sido pertinente relatarlo. Quizás nunca fue nada del otro mundo. Amistad a primera vista no fue, eso podría asegurarlo.

Teníamos un juego. En uno de los patios secundarios había unos montículos de tierra sembrados con césped; eran tres o cuatro, sendos caminos de piedra los dividían. Teníamos que cruzar los montículos de uno a otro y evitar que una de las niñas, que estaba parada en medio, nos atrapara. Parece más fácil de lo que es, en realidad. En especial si eres la de las piedras.

De lo que sí me acuerdo es que una de las nuestras la invitó a jugar. Tal vez le preguntó: ¿quieres jugar, Helena? Aunque es probable que ella se hubiera negado con su particular y bastante digna altivez. De modo que supongo que alguien se lo dijo, pero sin incluir la pregunta: Ven a jugar, Helena. Y ella lo hizo. Desde entonces, se convirtió en una de las nuestras.

¿Que por qué nos hicimos amigas-pares? Porque somos iguales. No en todo, por supuesto. Pero entre almas solitarias nos entendemos. Quizás ella percibió en mí la misma hambre que la acosaba, y la misma imposibilidad de saciarla. Porque, primero muertas, antes que ponerla en evidencia. Pero ella lo quería, al igual que yo, distraer un rato a la soledad, hasta para no sentirse mal acompañada por ella.

Helena y yo éramos, pues, del mismo bando. Había que luchar para ser amigas entre las dos. Pero no luchar entre ambas, sino contra nosotras mismas. Contra nuestros instintos de irnos a vivir en una cueva, cada una por su lado, para no salir de ahí nunca más.

Ser una introvertida y ser al mismo tiempo amiga de otra introvertida es, pues, un acto de suprema voluntad.

Para su fiesta de quince las cosas aún pintaban más o menos bien, creo. La verdad es que no lo recuerdo. Me parece que para ese momento Helena ya había empezado a abandonarme. Quizás por eso apenas tengo algún recuerdo de su fiesta. Solo me acuerdo de sus tías y sus primas de la costa quitándose los zapatos a media noche para poder bailar con más comodidad, cosa que me sorprendió porque, hasta entonces, habría pensado que se trataba de una familia con clase.

Comenzó porque yo no me enamoré y ella sí lo hizo. De otros hombres, que se entienda. No se trata de que yo no tenga sentimientos, porque claro que los tengo. Pero, a esa edad –a los catorce, si no me equivoco– mis encaprichamientos se limitaban a ser unilaterales y platónicos, por tipos que me llevaban unos años y que ya iban a la universidad y que, por lo tanto, no me hacían el más mínimo caso.

Pero Helena estaba ya para entonces, en otra liga. Había evolucionado, no como yo, que me quedé estancada en mi papel de introverta irredimible. Jamás un amigo hombre, jamás una jorga de barrio, jamás una relación de amistad fuera de las cuatro paredes del colegio, jamás dando yo el primer paso, jamás aceptando una salida al cine o a comer de algún tipo que me sería, la totalidad de las veces, en absoluto indiferente.

Me enamoro (casi) siempre de hombres que no puedo tener y con ello he logrado evitar el mal trago de intentar conocerlos. Siempre ha sido mucho más cómodo para mí *amarlos* a la distancia y en silencio. Y sufrir, en ese caso, las consecuencias: la más absoluta e irredimible soledad.

Pero decía que Helena había progresado en sus habilidades sociales con el tiempo. O quizás jamás fue una introvertida, después de todo. Quizás solo jugaba a serlo en la escuela porque, entre otras cosas, nuestra amistad –la de las niñas– le tenía sin cuidado. Porque quizás nunca nos consideró dignas. Y porque quizás, en mi caso, aquel sentimiento parecería tener razón en lo que respecta hacia mí.

Ella sí tenía vida social fuera del colegio, en su barrio, para ser más exactas. Un grupo de amigos de los que nunca me invitó a formar parte porque, no nos digamos mentiras, yo jamás habría movido un dedo para integrarme.

Y Helena lo sabía de sobra.

Ella me había hablado de uno de los chicos de su pasaje al que llamaremos con el genérico de Carlos (su nombre se me escapa, tal vez lo he olvidado a propósito). Me contó cómo se aproximó a ella, de la forma en la que le topó los senos mientras se besuquearon una vez en la habitación y sobre la cama de ella, mientras yo imaginaba que esa operación habría sido una misión imposible si se hubiera tratado de mí. De la forma en la que Helena encontraba repugnante que un hombre le tocara los senos –pero al mismo tiempo excitante– mientras yo le preguntaba el porqué. Creo que fue en ese momento en el que me di cuenta de que la perdía.

Por entonces yo estaba enamorada de Byron (el cómo llegué a averiguar su nombre es otro de esos grandes misterios de mi adolescencia), mi vecino universitario de la esquina del pasaje que tendría a la sazón unos veintiún años y una novia con carro

coreano de semilujo que lo traía y lo llevaba de la universidad. Un enamoramiento sin esperanza que, de forma previsible, jamás pasó de mi cabeza. Tampoco había soñado con que una operación como que Byron me topara los senos pudiera ser acaso posible.

Helena ya estaba ubicada, pues, en otra dimensión. Una mucho más avanzada que la mía.

Y sospecho que fue así desde entonces. Fue ella quien se casó a los veinticinco. Fue ella la que tuvo dos hijos. Yo nunca hice ninguna de esas cosas y aunque tampoco me arrepiento, la sensación de nunca haber jugado a la vida me persigue de vez en cuando, cada vez que miro hacia atrás en el pasado.

Luego de este tal Carlos ocurrió lo que fue la causa de nuestra ruptura con aquel otro tipo cuyo nombre creo que ni siquiera me molesté en preguntar (por alguna razón soy incapaz de recordar los nombres de los hombres que me alejaron de Helena). Digamos entonces que se llamaba Pablo. Helena se enamoró de él. Nunca supe en qué momento pasó o si se trató un fenómeno que me fue ajeno. Helena conoció a Pablo como conoció a Carlos; esto es, al margen de mí. No recuerdo las circunstancias o las desconozco y me encantaría decir que no interesan, pero recién ahora reconozco que mentiría. Aunque por entonces no lo haya notado.

Pablo, cómo no, era milico. O al menos era su ambición, porque estudiaba en la Escuela Superior Militar. Helena me propuso ir con ella para visitarlo, lo que era una locura, considerando que esa escuela está ubicada a las afueras de la ciudad, en medio de algo así como un desierto. No tenía idea de cómo llegar hasta allí y ella tampoco. No me pareció un plan que me llenara de emoción, pero tampoco me negué a acompañarla. Mi papá nunca me ha prohibido nada, excepto una cosa, que sucedió cuando le pedí permiso para secundar a Helena: que me involucrara con milicos o chapas. No es momento todavía para hablar de mi nula desobediencia a los mandatos de mi padre, quien había sido militar durante catorce años. No un oficial, por supuesto, sino de tropa. Él mismo pidió la baja. Nada más que decir.

Al menos me sirve de consuelo de que no fui por completo culpable de que Helena se haya alejado de mí.

Pamela, ese era su nombre. Ese es su nombre. Nunca le he guardado rencor, no tengo por qué. Pamela tenía un fetiche con los milicos. ¿Acaso su papá era milico? Quién sabe, pero estoy segura de que nadie le impedía relacionarse con ellos. Ella fue la elegida para acompañar a Helena en sus andanzas. ¿Cómo pasó? ¿En qué momento conversaron? ¿Cómo se enteró Helena de la afición de Pamela por los uniformes? Las respuestas a esas

preguntas pertenecen, como todo lo demás que tuvo que ver con Helena a partir de ese evento, al reino de lo que me es ajeno.

En las mañanas, luego de bajarnos de nuestros respectivos buses de recorrido, todas las chicas del curso nos sentábamos juntas, frente al pasillo de nuestra clase. Solíamos hacer las tareas para el día y compartíamos conversación. Fue así como me di cuenta. Helena dejó de sentarse a mi lado. No sé bien cuándo fue el primer día que lo hizo, solo sucedió. Debo darle el crédito de ser una persona tan amable como para no haberme dado el esquinazo de una forma tajante. Ignoro si esa manera fue la mejor. Quizás la que menos dolió, quizás la forma menos punzante es la que ha hecho que me atreviera a escribir sobre esto casi treinta años después. Un trauma insensato me hubiera bloqueado de por vida. Quién sabe.

Por entonces yo no me podía enamorar de nadie. No sabía cómo. Creo que todavía no sé hacerlo bien. Sólo me encapricho por etapas de hombres diferentes que dejan de importarme al cabo de un rato, cuando conozco a otro, tal vez no mejor, pero sí con algo novedoso que ofrecer. Nunca tuve oportunidad de enamorarme de ningún milico y tampoco tuve disposición. La voluntad de mi padre era ley y su aversión por los militares se convirtió en la mía.

Que si obsequiaban a una mujer una flor amarilla en una de sus fiestas del Círculo Militar significaba que la mujer era tan fea como para que el milico en cuestión pusiera en marcha toda la logística posible para desaparecerla de la fiesta. Solo quienes recibían rosas rojas ¿o eran blancas? serían las elegidas, las aprobadas por esa mente colmena de avispas africanas enloquecidas que era —que es— aquel bochornoso cuerpo militar. Me pregunto de qué color era la rosa que Helena recibió cuando por fin ese fulano por quien babeaba la invitó a alguna de sus fiestecitas de mierda para la que Helena tendría que haberse gastado —o sus padres— su buena plata en: a) vestido; b) zapatos; c) peinado; d) maquillaje; e) accesorios; mientras que yo y mi familia no teníamos dónde caernos muertos.

Ser la novia de un milico es toda una inversión, pues. En especial, si se trata de un oficial.

Nunca me habían gustado mucho los militares. Bueno, tal vez en algún momento Tom Cruise en *Top Gun* y pare de contar; pero a mí, a diferencia de las demás, no me atraen los uniformes. Mi tipo de hombre se parecía más a Manu Chao que al Capitán X. Así que tampoco es que sufriera mucho por la prohibición de padre. Igual, me resultaba un poco ridículo —cuando no indigno— que las chicas de quince se hicieran tremendo viaje

hacia la Escuela Superior Militar para estar paradas en la puerta esperando que alguno de los jóvenes aspirantes oficiales se dignara en dar la cara a través de los barrotes del portón.

No tengo idea de cómo se fabricaría la mecánica de esos encuentros. ¿Las chicas iban a quedarse ahí, paradas, con tarjetitas y peluches y rosas de colores a esperar los favores de esos tipos? No creo, pero es así como me lo imagino.

Los amoríos de Helena con los milicos –porque sospecho que no solo se enamoró de uno, sino de varios– fueron de larga data. La verdad es que no lo sé, lo supongo, porque su amistad con Pamela se afianzó mientras que la nuestra se fue languideciendo con los años. No faltaba, eso sí, la tarjeta de cumpleaños y el recordarme siempre, quizás sin palabras, pero con algún gesto o con algún abrazo, que Helena no me había olvidado, que tenía presente que me había traicionado por perseguir a un hombre y que, pese a considerarlo ella también, una locura indigna, no podía evitar hacerlo porque es lo que todas las mujeres, todas sin excepción, terminamos haciéndoles a nuestras amigas en algún momento de nuestras vidas.

Helena no se casó con Pablo o como se llame, sino con uno de sus colegas arquitectos al que no me molestaré en inventarle un nombre. Helena se divorció de este mismo fulano que alguna vez me envió una solicitud de amistad en Facebook y a quien no acepté luego de revisar su lista de amistades integrada en su totalidad por chicas en bikini y descubrir, tras una no tan concienzuda labor de espionaje, de quién era marido. Helena vive a dos horas de Quito en avión y nunca le he preguntado el porqué de esta decisión. Helena sube esas mismas historias que he silenciado en las que dice que está sanando, no sé muy bien de qué, pero me lo imagino. Helena acompaña aquellos textos sobre sanar con fotografías en las que su sonrisa de ojos caídos, al igual que la mía, de forma paradójica nos hace ver más tristes que felices.

De modo que la perdono, si es que algo hay que perdonar.

Conclusiones

En la literatura, *la herida* aparece como un detonante legítimo para la generación de ficciones; la elaboración del trauma a través de la escritura creativa posibilita una relectura del mismo, una suerte de desapego emocional que facilita la reintegración de estas memorias en nuestra historia de vida (Fernández-Cao 2016, 369). La carga psíquica de las experiencias dolorosas es susceptible de ser analizada desde perspectivas divergentes, con el fin de elaborar una narrativa coherente que permite al autor tomar distancia de la biografía propia y transmutarla para propósitos literarios (no necesariamente terapéuticos), pero sin excluir la posibilidad de obtención de un alivio psíquico frente a la llaga que es, a un tiempo, el pretexto y la causa misma de la escritura.

La literatura de raigambre autobiográfica presenta algunas particularidades que es necesario considerar a la hora de exponer la propia vida —y la vida del otro— a través de la palabra. Una de las preocupaciones más recurrentes a la hora de encarar este proyecto correspondió con el dilema sobre la revelación u ocultamiento (enmascaramiento) del secreto familiar, mismo que aparece como una de las disyuntivas fundamentales para todo escritor que sustenta su creación en la experiencia vivida. ¿Qué fragmentos de lo oculto es pertinente revelar? ¿Qué conviene callar? ¿A quién le favorece este silencio? ¿A quién beneficia la revelación? Son algunas de las preguntas que me planteé a la hora de encarar este proyecto literario en el que el *yo* se convierte en el núcleo problemático de la trama, pero que no es posible de ser entendido, desarrollado y ficcionado sin el auxilio del otro, ese otro que también tendrá su correspondencia en el universo material que habita la autora, y que de forma inevitable será narrado desde el punto de vista de la escritora, sin que haya cabida para la réplica por parte del referente.

Frente a estas inquietudes, me remito a los postulados de Lejeune, quien afirma que el pacto autobiográfico está condicionado por la ética del autor a la hora de narrar su propia vida; esto no está necesariamente relacionado con la veracidad del relato, con la posibilidad de creerle o no al autor sobre lo que ha escrito; sino que se establece un compromiso entre autor y lector en el que se afirma tácitamente que lo que está escrito es, en efecto, la realidad de su vida (Silva Carrera 2016, 151).

En *El fantasma de mi padre* el pacto de ficción autobiográfica se establece, en primera instancia, con la narración en primera persona, seguida de la apelación al fragmento de vida anecdótico que da cuenta de un episodio familiar en el que se entiende

que la narradora y la autora son –o pretenden ser– una misma persona. Los personajes encaran situaciones cotidianas, se enfrentan a dilemas que bien podrían sucederle a cualquiera, pero les suceden a ellos. La referencia a la familia y a la vida íntima contribuyen a cimentar la autofiguración en la escritura, sin necesidad de que se enfatice en la mimesis de los hechos con la realidad.

Sin embargo, en el proyecto literario *El fantasma de mi padre* no me interesa tanto enfatizar en la naturaleza autobiográfica de da cuerpo a las historias sino más bien en cómo ficcionarlas, cómo hallar la manera de narrarlas de forma que tomen cuerpo y puedan rebasar los límites de lo íntimo para habitar las filas de lo público, no sin los respectivos reparos sobre los linderos entre lo que puede ser o no contado, entre dejar evidenciado qué anécdotas son reales y cuáles han sido elaboradas *ad hoc*. Me interesa mantener, en este proyecto en particular, aquella ambigüedad entre lo vivencial y lo imaginado, entre lo creado y lo anecdótico, y dejar a quien lo lea la tarea de preguntarse sobre los motivos y detonantes que me llevaron a crear los relatos de este proyecto, sin que por ello se vea comprometido el efecto de complicidad que se pretende mantener entre la escritora y sus potenciales lectores.

Obras citadas

- Brajnovic, Luca. 1978. "Literatura y neurosis". *Revista Nuestro Tiempo* 263: 61-6. <https://doi.org/10.15581/021.22.5175>.
- Compagnon, Antoine. 2015. "El lector". En *El demonio de la teoría: literatura y sentido común* [1998]. Traducido por Manuel Arranz, 165-96. Madrid: Siruela.
- Fernández Rivas, Marga Janeth. 2018. "El ruido de las cosas al caer: ¿Duelo o melancolía?". *Revista Educación & Pensamiento*: 95-103. <https://educacionypensamiento.colegiohispano.edu.co/index.php/revistaeyp/article/view/93/81>.
- Freud, Sigmund. [1911] 1991. "Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente". En *Obras Completas*, vol. 12, 1-73. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. [1924] 1974a. "Neurosis y psicosis". En *Obras Completas*, vol. 17, 153-8. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. [1919] 1974b. "Lo ominoso". En *Obras Completas*, vol. 17, 217-51. Buenos Aires: Amorrortu.
- López Fernández-Cao, Marian. 2016. "Curar las Heridas: La creación para evocar la ausencia. La memoria de la escritura. La memoria del cuerpo". *Arteterapia* 11: 365-84. <https://doi.org/10.5209/ARTE.54139>.
- Luján Martínez, Horacio. 2010. "Lo ominoso en la ética como construcción literaria de sí mismo. (Sobre Borges y Cortázar en la construcción de figuras éticas)". *Acta Poética* 31 (2): 211-45. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=358045937009>.
- Minici, Ariel, José Dahab, y Carmela Rivadeneira. 2015. "Los orígenes del pensamiento catastrófico". *Revista de Terapia Cognitivo Conductual* 27: 1-6. <chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/https://cetecic.com.ar/revista/wp-content/uploads/2022/04/los-origenes-del-pensamiento-catastrofico.pdf>.
- Napolitano, Graziela. 2013. *El campo de la neurosis en la obra de Freud*. La Plata: EDULP.
- Sánchez Madrid, Nuria. 2014. "Acción y arrepentimiento en el Filoctetes de Sófocles". *Devenires*, 15 (29): 13-39. <https://publicaciones.umich.mx/revistas/devenires/ojs/article/view/365>

Senge, Peter. 2010. *La quinta disciplina: El arte y la práctica de la organización abierta al aprendizaje*. Buenos Aires: Ediciones Granica S.A.

Silva Carrera, Alejandra. 2016. "Literatura del yo: Reflexiones teóricas perspectivas de autor en el género autobiográfico". *Kaniña* 40 (2): 149-58. <https://doi.org/10.15517/rk.v40i2.26179>.

Tennov, Dorothy. 1999. *Love and limerence: the experience of being in love*. Lanham: Scarborough House.

Wallace, David Foster. 2011. *El rey pálido*. Barcelona: Random House.

Wood, James. 2004. "Hysterical Realism". En *The Irresponsible Self: On Laughter and the Novel*. New York: Farrar, Straus and Giroux.